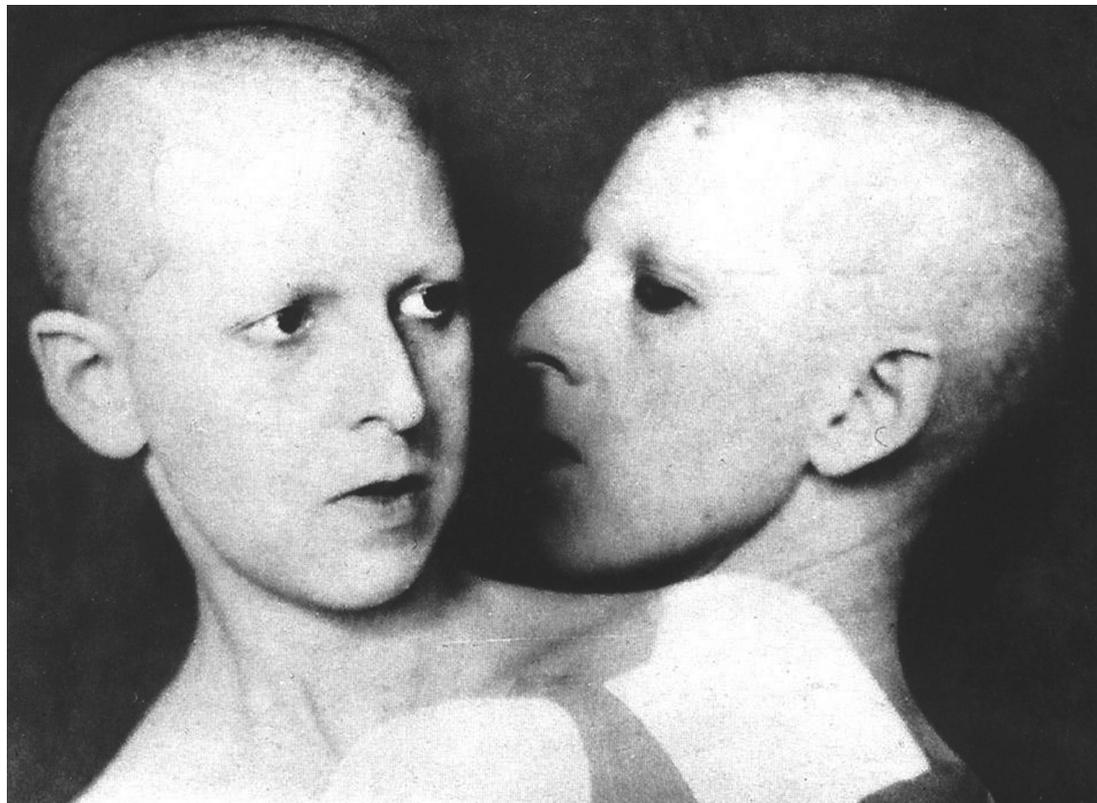


reflexionando sobre el sexo:
notas para una teoría radical de la sexualidad



Gayle Rubin

Estas ediciones fueron parte de un proceso de recopilación y discusión de textos sobre géneros, sexualidades, relaciones de poder, etc., con el fin de editar un libro llamado Amputadxs. El libro nunca se editó pero nos seguimos encontrando con lecturas que nos generan interrogantes y reflexiones en nuestras ideas y prácticas; y nos gusta compartirlas y difundirlas.

Lo tomamos como vehículo para vincularnos e intercambiar con otras personas que también se sienten interpeladas en esto de cuestionar (y cuestionarse) la construcción de los géneros, identidades y sexualidades, cómo nos atraviesan y cómo subvertirlas.

Texto extraído de: Vance, Carole S. (Comp.) Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina. , Ed. Revolución, Madrid, 1989. pp. 113-190

I. LAS GUERRAS DEL SEXO

“Al pedirle consejo, el doctor J. Guerin afirmó que, después de haber fracasado con todos los demás tratamientos, había conseguido curar a las adolescentes afectadas por el vicio del onanismo, quemándoles el clítoris con un hierro caliente... Aplico el punto caliente tres veces en cada uno de los labios mayores y otra en el clítoris... Tras la primera operación, de cuarenta a cincuenta veces en un día, el número de espasmos voluptuosos se reducía a tres o cuatro... Creemos, pues, que en casos similares a los que ustedes estudian, no debe dudarse en recurrir al hierro caliente, y en una etapa temprana, para combatir el onanismo clitoridiano y vaginal en las adolescentes”.

Demetrius Zambaco^[1]

Ha llegado el momento de pensar sobre el sexo. A algunos la sexualidad quizá sólo les parezca un tópico sin importancia, un escape frívolo de los problemas más críticos de la pobreza, la guerra, la enfermedad, el racismo, el hambre o la aniquilación nuclear. Pero es precisamente en épocas como ésta, en la que tenemos que convivir con la posibilidad de una destrucción inimaginable, cuando es más probable que la gente se vuelva peligrosamente desquiciada en lo referente a la sexualidad. Los actuales conflictos sobre los valores sexuales y la conducta erótica tienen mucho en común con las disputas religiosas de siglos pasados. Adquieren un inmenso valor simbólico. Las disputas sobre la conducta sexual se convierten a menudo en instrumentos para desplazar las ansiedades sociales y descargar la intensidad emocional concomitante a ellas. En consecuencia, la sexualidad debe tratarse con especial interés en épocas de fuerte tensión social.

El reino de la sexualidad posee también su propia política interna, sus propias desigualdades y sus formas de opresión específica. Al igual que ocurre con otros aspectos de la conducta humana, las formas institucionales concretas de la sexualidad en cualquier momento y lugar dados son productos de la actividad humana. Están, por tanto, imbuidas de los conflictos de interés y la maniobra política, tanto los deliberados como los inconscientes. En este sentido, el sexo es siempre político, pero hay períodos históricos en los que la sexualidad es más intensamente contestada y más abiertamente politizada. En tales períodos, el dominio de la vida erótica es, de hecho, renegociado.

En Inglaterra y los Estados Unidos, las postrimerías del siglo XIX fueron una época de este tipo. Durante aquellos años, fuertes movimientos sociales centraron su atención en los «vicios» de toda clase. Hubo campañas educativas y políticas para alentar la castidad, eliminar la prostitución y reprimir la masturbación, en especial entre los jóvenes. Los “cruzados” de la moralidad atacaron la literatura obscena, los desnudos en la pintura, las salas de música, el aborto, la información sobre control de natalidad y los bailes públicos^[2]. La consolidación de la moralidad victoriana y de su apa-

[1] Demetrius Zambaco, “Onanism and Nervous Disorders in Two Little Girls”, François Peraldi (ed.), *Polysexuality, Semiotext(e)*, vol. IV, n.º 1, 1981, págs. 31, 36.

[2] Linda Gordon y Ellen Dubois, “Seeking Ecstasy on the Battlefield: Danger and Pleasure in Nineteenth Century Feminist Sexual Thought”, *Feminist Studies*, vol. 9, n.º 1, primavera de 1983; Steven Marcus, *The Other Victorians*, y *New York, New American Library*, 1974; Mary Ryan, “The Power of Women’s Networks: A Case Study of Female Moral Reform in America” *Feminist Studies*, vol. 5, n.º 1, 1979; Judith R. Walkowitz, *Prostitution and Victorian Society*, Cambridge,

rato de coerción social, médica y legal fue el resultado de un largo período de lucha cuyos efectos han sido amargamente contestados desde entonces.

Las consecuencias de este gran paroxismo moral del siglo XIX perviven todavía. Han dejado una profunda huella en las actitudes sobre el sexo, en la práctica médica, en la educación infantil, en las preocupaciones de los padres, en la conducta de la policía y en las leyes sobre el sexo.

La idea de que la masturbación es una práctica perniciosa para la salud es parte de esta herencia. Durante el siglo XIX era creencia común que un interés “prematureo” por el sexo, la excitación sexual y, sobre todo, el orgasmo dañarían la salud y maduración de un niño. Los teóricos diferían en sus opiniones sobre las consecuencias reales de la precocidad sexual. Algunos pensaban que llevaba a la locura, mientras que otros simplemente predecían un menor crecimiento. Para proteger a los jóvenes de un despertar “prematureo”, los padres ataban a sus hijos por la noche para que no se tocaran; los médicos extirpaban el clítoris de las niñas que se dedicaban al onanismo^[3]. Aunque las técnicas más burdas han sido abandonadas, las actitudes que las produjeron aún persisten. La idea de que el sexo per se es perjudicial para los jóvenes ha quedado inserta en estructuras sociales y legales que tienen por objeto aislar a los menores del conocimiento y experiencia sexuales.

Gran parte de la legislación sexual todavía vigente data también de las cruzadas morales del siglo XIX. La primera ley federal contra la obscenidad en los Estados Unidos fue aprobada en 1873. La Ley Comstock -llamada así por Anthony Comstock, un viejo activista anti pornografía y fundador de la Sociedad de Nueva York para la Supresión del Vicio- convertía en delito federal la fabricación, publicidad, venta, posesión, envío por correo e importación de libros o imágenes consideradas obscenas. La ley prohibía también los aparatos y drogas anticonceptivos y abortivos y la información sobre ellos^[4]. A la sombra de esta legislación federal, la mayoría de los estados aprobaron sus propias leyes anti-obscenidad.

El Tribunal Supremo comenzó a derogar la legislación Comstock, tanto la federal como las estatales, durante los años cincuenta. En 1975, la prohibición que afectase a materiales o información relacionados con la contracepción y el aborto ya era considerada anticonstitucional. Sin embargo, aunque las disposiciones anti-obscenidad han sido modificadas, su constitucionalidad básica se ha mantenido. Así, continúa siendo un delito la fabricación, venta, envío por correo o importación de material cuyo único propósito sea la excitación sexual^[5].

Cambridge University Press, 1980; Judith R. Walkowitz, “Male Vice and Feminist Virtue: Feminism and the Politics of Prostitution in Nineteenth-Century Britain”; *History Workshop Journal*, n.º 13, primavera de 1982; Jeffrey Weeks, *Sex, Politics and Society: The Regulation of Sexuality Since 1800*, New York. Longman, 1981

[3] G.J. Barker-Benfield, *The Horrors of the Half-Known Life*, New York, Harper Colophon, 1976; Marcus, op. cit.; Weeks, op. cit., en especial las páginas 48-52; Zambaco, op. cit.

[4] Sarah Senefield Beserra, Sterling G. Franklin y Norma Clevenger (editores), *Sex Code of California*, Sacramento, Planned Parenthood Affiliates of California, 1977; pág. 113.

[5] *Ibid*, págs. 113-117.

Aunque las leyes sobre la sodomía datan de tiempos más antiguos, cuando algunos elementos de la ley canónica fueron incorporados a los códigos civiles, la mayor parte de la legislación utilizada para arrestar a los homosexuales y a las prostitutas surgió de las campañas victorianas contra la “esclavitud blanca”. Estas campañas tuvieron como resultado centenares de prohibiciones contra la provocación, la conducta indecente, el merodeo con propósitos inmorales, el abuso de menores y los burdeles.

En su tratado sobre el temor de los británicos a la “esclavitud blanca”, la historiadora Judith Walkowitz comenta: “la investigación reciente demuestra las enormes discrepancias entre los esperanzantes relatos periodísticos y la realidad de la prostitución.

La evidencia de una supuesta red de prostitución que atrapa a gran número de jóvenes británicas, en Londres y en el extranjero es escasa”^[6]. Sin embargo, la furia pública sobre este problema:

“Forzó la aprobación de la Ley sobre la enmienda del Código Criminal (Criminal Law Amendment Act) de 1885, especialmente detestable y perniciosa. La ley de 1885 subía de 13 a 16 años la edad de consentimiento para las mujeres, pero proporcionaba también a la policía un poder legal mucho mayor sobre las mujeres y niños de la clase obrera... incluía una cláusula que convertía en delito los actos indecentes realizados voluntariamente entre hombres adultos, conformando de esta forma la base para la persecución legal de los varones homosexuales en Gran Bretaña hasta 1967... las cláusulas del nuevo proyecto de ley iban dirigidas principalmente contra las mujeres de la clase obrera y regulaban la conducta sexual de los adultos más que la de los jóvenes”^[7].

En los Estados Unidos, la ley Mann, también conocida como White Slave Traffic Act (ley del Tráfico del Esclavo Blanco), fue aprobada en 1910, después de lo cual todos los estados de la unión aprobaron leyes contra la prostitución^[8].

En la década de los cincuenta, en los Estados Unidos, se dieron cambios importantes en la organización de la sexualidad. En lugar de centrarse en la prostitución o la masturbación, las ansiedades de los cincuenta tuvieron como tema central la imagen de la “amenaza homosexual” y el ambiguo fantasma del “delincuente sexual”. Antes y después de la Segunda Guerra Mundial, el “delincuente sexual” se convirtió en objeto de temor y de búsqueda pública. Muchos estados y ciudades, incluidos Massachusetts, New Hampshire, New Jersey, el estado de New York, la ciudad de New York y Michigan, lanzaron investigaciones para recoger información sobre esta amenaza a la seguridad pública^[9].

[6] Walkowitz, “Mate Vice and Feminist Virtue”, op. cit., pág. 83. Todo el análisis de Walkowitz del Maiden Tribute of Modern Babylon es particularmente esclarecedor.

[7] Walkowitz, “Male Vice and Feminist Virtue”, op. cit., pág. 85.

[8] Beserra et al., op. cit., págs. 106-107.

[9] Commonwealth de Massachusetts, Informe preliminar de la Comisión Especial de Investigación de Crímenes Sexuales, 1947; Estado de New Hampshire, Informe de la Comisión Interina del Estado de New Hampshire para estudiar la causa y prevención de los crímenes sexuales graves, 1949; Ciudad de New York, Informe del Comité Municipal para el estudio de los delitos sexuales, 1939; Estado de New York, Informe al Gobernador de un estudio de 122 delincuentes sexuales del penal de Sing Sing, 1950; Samuel Hartwel, Manual de anomalías sexuales y el método de la Higiene

El término “delincuente sexual” se aplicaba en ocasiones a los violadores, otras a los “pederastas” y, de hecho, funcionaba como clave para referirse a los homosexuales. En sus versiones burocrática, médica y popular, el discurso sobre el delincuente sexual tendía a borrar las distinciones entre el asalto sexual violento y los actos ilegales, pero voluntarios, tales como la sodomía. El sistema de justicia criminal incorporó estos conceptos cuando una epidemia de leyes sobre el psicópata sexual se extendió por todos los cuerpos legislativos estatales^[10]. Estas leyes proporcionaron a las profesiones psicológicas mayores poderes policiales sobre los homosexuales y otros “desviados” sexuales.

Desde finales de los años cuarenta hasta principios de los sesenta, las comunidades eróticas cuyas actividades no encajaban en el sueño americano de la postguerra fueron objeto de intensa persecución. Los homosexuales fueron, junta con los comunistas, objeto de las purgas y cazas de brujas en todo el país. Se sucedieron las investigaciones del Congreso, las disposiciones gubernamentales y los relatos sensacionalistas en los medios de comunicación, con objeto de despedir a los homosexuales que trabajaban para el gobierno. Miles de ellos perdieron sus trabajos, y las restricciones a la contratación estatal de homosexuales persisten hasta hoy día^[11]. El FBI comenzó la vigilancia y acoso sistemático sobre los homosexuales, que se prolongó como mínimo hasta los años setenta^[12].

Muchos estados y ciudades importantes realizaron sus propias investigaciones y las cazas de brujas federales se vieron reflejadas en una variedad de enérgicas medidas locales. En Boise, Idaho, en 1955, un maestro se sentó a desayunar con su periódico matutino y leyó que el vicepresidente del “Idaho First National Bank” había sido arrestado bajo la acusación de sodomía; el fiscal local afirmaba que su intención era eliminar por completo la homosexualidad de aquella comunidad. El maestro jamás terminó aquel desayuno. “Saltó de su asiento, sacó las maletas, hizo el equipaje lo más rápido que pudo, se metió en el coche y se marchó a San Francisco... los huevos fríos, el café y la tostada permanecieron en su mesa durante dos días hasta que alguien de la escuela llegó allí a ver qué le había ocurrido”^[13].

En San Francisco, la policía y los medios de comunicación se lanzaron a la guerra contra los homosexuales durante toda la década de los cincuenta. La policía llevó a cabo redadas en bares, patrulló y realizó arrestos masivos en las calles y anunció a los cuatro vientos su intención de echar a los mari-

Mental para su prevención, Estado de Michigan, 1950; Estado de Michigan, Informe de la Comisión Gubernamental de Estudio del Delincuente Sexual Desviado, 1951. Esto es solamente una pequeña muestra.

[10] Estelle B. Freedman, “Uncontrolled Desire”. The Threat of the Sexual Psychopath in America, 1935-1960”, documento presentado a la Convención Anual de la American Historical Association, San Francisco, diciembre, 1983.

[11] Allan Bérubé, “Behind the Spectre of San Francisco”, *Body Politic*, abril de 1981; Allan Bérubé, “Marching to a Different Drummer”, *Advocate*, 15 de octubre de 1981; John D’Emilio, *Sexual Politics, Sexual Communities: The Making of the Homosexual Minority in the United States, 1940-1970*, Chicago, University of Chicago Press, 1983; Jonathan Katz, *Gay American History*, New York, Thomas Y. Crowell, 1976.

[12] D’Emilio, op. cit., págs. 46-7; Allan Bérubé, comunicación personal.

[13] John Gerassi, *The Boys of Boise*, New York, Collier, 1968, pág. 14. Estoy en deuda con Allan Bérubé por haber llamado mi atención sobre este incidente.

cas de San Francisco^[14]. Las medidas contra individuos, bares y zonas frecuentadas por homosexuales se sucedieron por todo el país. Aunque las cruzadas contra los homosexuales constituyen los ejemplos mejor documentados de represión sexual en los años cincuenta, la investigación posterior nos revelaría pautas similares del creciente hostigamiento y ataque a los materiales pornográficos, las prostitutas y los desviados sexuales de toda clase. Es necesaria una investigación que determine el alcance real de la persecución policial y las reformas legales^[15].

El período actual posee algunas incómodas similitudes con las décadas de 1880 y 1950. La campaña de 1977 para revocar el estatuto de los derechos de los gays del condado Dade, en Florida, inauguró una nueva ola de violencia, persecución estatal e iniciativas legales dirigidas contra las minorías sexuales y la industria comercial del sexo. Durante los últimos seis años, los Estados Unidos y Canadá han padecido una amplia represión sexual, en un sentido político, no psicológico. En la primavera de 1977, pocas semanas antes de la votación en condado Dade, en los medios de comunicación aparecieron de pronto repletos de noticias sobre redadas en zonas frecuentadas por los gays, sobre detenciones a prostitutas y sobre investigaciones realizadas por la fabricación y distribución de materiales pornográficos. Desde entonces, la actividad policial contra la comunidad gay ha aumentado de forma notoria. La prensa gay se ha hecho eco de centenares de detenciones, desde las bibliotecas de Boston hasta las calles de Houston y las playas de San Francisco. Incluso las comunidades gay urbanas grandes, organizadas y relativamente poderosas, han sido incapaces de detener estas medidas. Las redadas a los bares y baños gays han tenido una frecuencia alarmante y la policía se ha hecho cada vez más osada. En un incidente particularmente dramático, la policía de

[14] Allan Bérubé, comunicación personal; D'Emilio, op. cit.; John D'Emilio, "Gay Politics, Gay Community: San Francisco's Experience", *Socialist Review*, n.º 55, enero-febrero de 1981.

[15] Los siguientes ejemplos sugieren posibles rutas de investigación adicional. Una purga ocurrida en la Universidad de Michigan está narrada en "Gay Ann Arbor Purges", de Daniel Tsang, en *Midwest Gay Academic Journal*, vol. 1, n.º 1, 1977, y en "Gay Ann Arbor Purges", parte 11, por Daniel Tsang, en *Midwest Gay Academic Journal*, vol. 1, n.º 2, 1977. En la Universidad de Michigan, el número de profesores expulsados por supuesta homosexualidad parece rivalizar con el de expulsados por supuestas tendencias comunistas. Sería interesante poseer cifras del número de profesores que perdieron sus trabajos durante este período debido a delitos sexuales y políticos. En reformas reguladoras, muchos estados aprobaron leyes, durante esos años, que prohibían la venta de bebidas alcohólicas a los "perversos sexuales conocidos" o que disponían el cierre de bares que reuniesen a "perversos sexuales". Una ley semejante fue aprobada en California en 1955, y declarada anticonstitucional por el Tribunal Supremo estatal en 1959 (Allan Bérubé, comunicación personal). Sería muy interesante saber exactamente qué estados aprobaron legislaciones semejantes, las fechas de su promulgación, la discusión precedente y cuántas están todavía en vigor. En cuanto a la persecución de otras comunidades eróticas, existen evidencias de que John Willie y Irving Klaw, los dos primeros productores y distribuidores de artículos eróticos sadomasoquistas desde finales de la década de 1940 hasta principios de los sesenta, tuvieron que hacer frente al repetido acoso policial y de que, por lo menos Klaw, fue objeto de una investigación del Congreso realizada por el Comité Kefauver. Mi agradecimiento a J. B. Rund por una comunicación personal en la que me facilitaba información sobre las trayectorias de Willie y Klaw. Los materiales publicados sobre el tema son escasos, pero véase *The Adventures of Sweet Gwendoline*, de John Willie, New York, Berlier Press, 1974; también el "Preface" de J. B. Rund en *Bizarre Comix*, vol. 8, New York, Berlier Press, 1977; "Preface" de J. B. Rund, en *Bizarre Fotos*, vol. 1, New York, Berlier Press, 1978, y el "Preface" de J. B. Rund, en *Bizarre Catalogs*, vol. 1, New York, Berlier Press, 1979. Sería de utilidad poseer más información sistemática sobre las reformas legales y actividad policial que afectaron a la disidencia erótica no gay.

Toronto asaltó los cuatro baños gays de la ciudad. Irrumpieron en cada cubículo armados con barras y sacaron a las calles, en pleno invierno, a casi 300 hombres vestidos únicamente con sus toallas de baño. Ni siquiera la “liberada” San Francisco ha salido inmune. Ha habido medidas contra varios bares, ha habido incontables detenciones en parques y, en el otoño de 1981, la policía detuvo a más de 400 personas en una serie de redadas, en la calle Polk, uno de los centros de la vida nocturna gay. Los ataques a homosexuales se han convertido en una actividad lúdica de importancia entre los jóvenes machos de las ciudades. Llegan a los barrios gays armados con bates de béisbol y buscando camorra, sabedores de que sus padres o aprueban en secreto sus acciones o bien hacen la vista gorda.

El asalto policial no se ha limitado a los homosexuales. Desde 1977, los esfuerzos por hacer cumplir las leyes existentes contra la prostitución y la obscenidad se han multiplicado. Más aún, los estados y ayuntamientos han aprobado disposiciones nuevas y más duras contra el sexo comercial. Se han aprobado ordenanzas restrictivas, se han cambiado leyes de distrito, se han enmendado las disposiciones sobre concesión de licencias y sobre normas de seguridad, han aumentado las condenas y las exigencias de evidencias criminales se han relajado. Esta sutil codificación legal de controles más estrechos sobre la conducta sexual adulta ha pasado en gran parte desapercibida fuera de la prensa gay.

Durante más de un siglo, la táctica más fiable para promover la histeria erótica ha sido la llamada a proteger a los niños. La actual ola de terror erótico ha calado más profundamente en aquellas áreas relacionadas, en algún sentido -aunque sólo sea simbólico-, con la sexualidad de los jóvenes. El lema central de la campaña en la votación del condado Dade fue “Salvemos a nuestros hijos” de un supuesto reclutamiento homosexual. En febrero de 1977, poco antes de la votación, una repentina preocupación por la “pornografía infantil” invadió los medios de comunicación nacionales. En mayo, el Chicago Tribune presentó durante cuatro días seguidos una sensacionalista serie de artículos, con titulares de ocho centímetros de altura, que afirmaba poner al descubierto una red nacional de vicio, organizada para introducir a muchachos jóvenes en la prostitución y la pornografía^[16]. Los periódicos de todo el país presentaban historias similares, la mayor parte de ellas dignas del National Enquirer. A finales de mayo estaba ya en curso una investigación del Congreso. Pocas semanas después, el Gobierno Federal había promulgado una ley contra la “pornografía infantil”, y muchos estados le siguieron con legislaciones propias. Estas leyes han reestablecido las restricciones sobre materiales sexuales que habían sido suavizadas por varias decisiones importantes del Tribunal Supremo. Por ejemplo, el Tribunal había dictaminado que ni la desnudez ni la actividad sexual eran obscenas per se. Pero las leyes sobre pornografía infantil califican de obscena a cualquier

[16] “Chicago es el Centro de la red internacional de porno infantil: los depredadores de niños”, “Sexo infantil: una plaza en New Tocom lo dice todo”, Chicago Tribune, 16 de mayo de 1977; “Dentista detenido en redada de corrupción sexual de menores”, “Las tretas para atraer víctimas a la pornografía infantil”, Chicago Tribune, 17 de mayo de 1977; “Audiencias en Estados Unidos sobre pornografía infantil: Rodino llamó ultraje una fiesta sexual”. “Cazados seis hombres y veinte niños en una redada”, “La mafia de la pornografía infantil medra en la confusión legal”, “Las redadas en Estados Unidos alcanzan a los vendedores de pornografía”, Chicago Tribune, 18 de mayo de 1977.

exhibición de menores desnudos o realizando actividad sexual. Esto significa que las fotografías de niños desnudos en los textos escolares de antropología y muchas de las películas etnográficas que se proyectan en las universidades son técnicamente ilegales en varios estados. De hecho, los profesores podrían ser objeto de una acusación adicional de felonía por cada estudiante menor de 18 años a quien mostraran tales imágenes. Aunque el Tribunal Supremo ha dictaminado también que es un derecho constitucional poseer material obsceno para uso privado, las leyes sobre pornografía infantil prohíben incluso este tipo de posesión de cualquier material sexual relacionado con menores.

Las leyes producidas por el pánico a la pornografía infantil han sido mal concebidas y dirigidas. Representan alteraciones profundas en la regulación de la conducta sexual y suprimen, de hecho, importantes libertades civiles de tipo sexual. A pesar de ello, casi nadie advirtió su rápida implantación por el Congreso y los cuerpos legislativos estatales. Con la excepción de la North American Man/Boy Love Association (Asociación Norteamericana del Amor Hombre/Joven) y la American Civil Liberties Union (Sindicato de las Libertades Civiles Norteamericanas), nadie levantó la menor queja sobre ello^[17].

Un nuevo proyecto de ley federal sobre pornografía infantil, aún más duro, acaba de llegar a las cámaras legislativas. Elimina la necesidad de probar que la supuesta pornografía infantil haya sido distribuida para su venta comercial. Cuando el proyecto se convierta en ley, la simple posesión de una diapositiva de un amigo o amante de 17 años de edad desnudo puede llevar consigo una condena de 15 años de cárcel y una multa de 100.000 dólares. El proyecto recibió la aprobación del Congreso por 400 votos a favor y uno en contra^[18].

Las experiencias de la fotógrafa profesional Jacqueline Livingston son un ejemplo del clima creado por el pánico a la pornografía infantil. Livingston, profesora de fotografía de la Universidad de Cornell, fue despedida en 1978 tras haber exhibido imágenes de hombres desnudos, entre las que había fotografías de su hijo de siete años masturbándose. Las revistas Ms. Magazine, Chrysalis y Art News rehusaron publicar anuncios de pósters de hombres desnudos realizados por Livingston. En un momento dado, la Kodak le confiscó parte de su película y, durante varios meses, la fotógrafa vivió con la amenaza de ser procesada, en base a las leyes sobre pornografía infantil. El Departamento de Servicios Sociales del condado Tompkins investigó si la mujer estaba capacitada para cuidar a sus hijos. Los pósters de Livingston han sido exhibidos en el Museo de Arte Moderno, en el Metropolitan y en otros museos importantes, pero ella ha debido de pagar un alto precio por sus esfuerzos por

[17] Para más información sobre el “pánico al porno infantil”, véase “The Great Kiddy Porn Scare of ‘77 and Its Aftermath”, por Pat Califia, en *Advocate*, 16 de octubre de 1980; “A Thorny Issue Splits a Movement”, por Pat Califia, en *Advocate*, 30 de octubre de 1980; *The Boston Sex Scandal*, por Mitzel, Boston, Glad Day Books, 1980; “Sexual Politics in the New Right and the Sexual Fringe”, por Gayle Rubin, en Daniel Tsang (editor), *The Age Taboo*, Boston, Alyson Publications, 1981. Sobre la cuestión de las relaciones intergeneracionales, véase también *Indecent Assault* de Roger Moody, Londres, World Is Out Press, 1980; *Paedophilia: The Radical Case*, por Tom O’Carroll, Londres, Peter Owen, 1980; *The Age Taboo*, de Tsang, op. cit., y *The Man They Called a Monster*, de Paul Wilson, New South Wales, Cassell Australia, 1981.

[18] “House Passes Tough Bill on Child Porn”, *San Francisco Chronicle*, 15 de noviembre de 1983, pág.14.

registrar en un film el cuerpo de un hombre a edades diferentes y sin censuras de ninguna clase^[19].

Es fácil ver a alguien semejante a Livingston como una víctima de la guerra de la pornografía infantil, pero a la mayoría de la gente le resulta más difícil simpatizar con las personas que mantienen relaciones con jóvenes. Al igual que ocurría con los comunistas y los homosexuales en la década de los 50, el estigma que pesa sobre estas personas es tal que resulta difícil encontrar abogados que defiendan sus libertades civiles, no digamos ya su conducta erótica. En consecuencia, la policía se ha cebado sobre ellas. El FBI, las fuerzas de policía local y los inspectores del correo postal se han unido en un inmenso aparato, cuya única finalidad es eliminar de la comunidad a los hombres que aman a jóvenes menores de edad. Dentro de veinte años o así, cuando la humareda se haya disipado, al menos en parte, resultará mucho más fácil demostrar que estas personas han sido víctimas de una caza de brujas salvaje e injustificada. Serán muchos los que se avergüencen de haber colaborado en ella, pero será demasiado tarde para poder hacer algo por estos hombres que han pasado sus vidas en prisión.

Mientras que la desgracia de los amantes de jóvenes afecta a muy pocos, el otro legado a largo plazo del asunto del condado Dade nos afecta prácticamente a todos. El éxito de la campaña anti-gay encendió muchas de las pasiones ocultas de la derecha norteamericana e inició un amplio movimiento cuyo objetivo era estrechar las fronteras de la conducta sexual aceptable.

La vinculación que la ideología de derechas establece entre el sexo fuera de la familia, el comunismo y la debilidad política no es nada nuevo. Durante el período McCarthy, Alfred Kinsey y su Institute for Sex Research (Instituto de Investigaciones sobre el Sexo) fueron atacados por debilitar la fibra moral de los norteamericanos, haciéndoles así más vulnerables a la influencia comunista. Tras una investigación del Congreso y publicidad contraria, la ayuda financiera de Rockefeller al Instituto Kinsey terminó en 1954^[20].

Hacia 1969, la extrema derecha descubría al Sex Information and Education Council of the United States (SIECUS, Consejo de Información y Educación Sexual de los Estados Unidos). En libros y panfletos, tales como *El jaleo de la educación sexual: la pornografía en las escuelas* y *el SIECUS: corruptor de los jóvenes*, la derecha atacaba al SIECUS y a la educación sexual, calificándolos de complot comunista para destruir la familia y debilitar la voluntad nacional^[21]. Otro panfleto, *Los niños de Pavlov (Podrían ser los suyos)*, afirma que la UNESCO está compinchada con el SIECUS para eliminar los tabúes religiosos, promover la aceptación de relaciones sexuales anormales, degradar las normas morales absolutas y “destruir la cohesión racial”, al exponer a los blancos (en especial a

[19] George Stambolian, “Creating the New Man: A Conversation with Jacqueline Livingston”, Christopher Street, mayo de 1980; “Jacqueline Livingston”, *Clothed with the Sun*, vol. 3, n.º 1, mayo de 1983.

[20] Paul H. Gebhard, “The Institute”, en *Sex Research: Studies from the Kinsey Institute*, edición de Martin S. Weinberg, New York, Oxford University Press, 1976.

[21] Phoebe Courtney, *The Sex Education Racket: Pornography in the Schools (An Expose)*, New Orleans, Free Men Speak, 1969; Dr. Gordon V. Drake, *SIECUS: Corrupter of Youth*, Tulsa, Oklahoma, Christian Crusade Publications, 1969.

las mujeres) a las normas sexuales supuestamente “inferiores” de los negros^[22].

La ideología neoconservadora y la Nueva Derecha han puesto al día todos estos temas y utiliza intensamente la vinculación de la conducta sexual “inmoral” con el presunto declive del poder norteamericano. En 1977, Norman Podhoretz escribió un ensayo en el que culpaba a los homosexuales de la supuesta incapacidad norteamericana para mantener la paridad con Rusia^[23]. De este modo, vinculaba “la lucha anti-gay en la arena doméstica con las batallas anticomunistas en la política exterior”^[24].

La oposición de derechas a la educación sexual, a la homosexualidad, a la pornografía, al aborto y al sexo prematrimonial pasó de los márgenes al centro de la escena política después de 1977, cuando los estrategas derechistas y los cruzados del fundamentalismo religioso descubrieron que estos temas resultaban ser de interés masivo. La reacción al tema sexual jugó un papel muy importante en el éxito electoral de la derecha en 1980^[25]. Organizaciones tales como la Mayoría Moral (Moral Majority) y los Ciudadanos en pro de la Decencia (Citizens for Decency) han adquirido números muy elevados de seguidores, inmensos recursos financieros y una influencia inesperada. La Enmienda por la Igualdad de Derechos (Equal Rights Amendment) ha sido derrotada, se ha aprobado una legislación que establece nuevas restricciones al aborto y la financiación de programas, tales como el Planned Parenthood (Paternidad Planificada) y la educación sexual ha sufrido reducciones drásticas. Se han promulgado leyes y disposiciones administrativas que hacen más difícil a las adolescentes conseguir anticonceptivos o abortar. Los fructíferos ataques al Programa de Estudios sobre la Mujer de la Universidad Estatal de California de Long Beach estuvieron inspirados por el retroceso sexual.

La iniciativa legisladora derechista más ambiciosa ha sido la Family Protection Act, FPA (Ley de Protección de la Familia), introducida en el Congreso en 1979. Esta ley es un asalto muy amplio contra el feminismo, los homosexuales, las familias no tradicionales y la intimidad sexual de los adolescentes^[26]. La FPA no ha sido -ni probablemente lo sea- aprobada, pero los miembros conservadores del Congreso continúan trabajando en favor de su programa con una estrategia más fragmentada.

[22] Pavlov's Children: (They May Be Yours), Impact Publishers, Los Angeles, California, 1969.

[23] Norman Podhoretz, “The Culture of Appeasement” (“La cultura del apaciguamiento”), Harper's, octubre de 1977.

[24] Alan Wolfe y Jerry Sanders, “Resurgent Cold War Ideology: The Case of the Committee on the Present Danger”, en Capitalism and the State in U.S. Latin American Relations, Richard Fagen (editor), Stanford, Stanford University Press, 1979.

[25] Jimmy Breslin, “The Moral Majority in Your Motel Room”, San Francisco Chronicle, 22 de enero de 1981, pág. 41; Linda Gordon y Allen Hunter, “Sex, Family, and the New Right”, Radical America, invierno de 1977-78; Sasha Gregory-Lewis, “The Neo-Right Political Apparatus”, Advocate, 8 de febrero de 1977; Sasha Gregory-Lewis, “Righth Wing Finds New Organizing Tactic”, Advocate, 25 de junio de 1977; Sasha Gregory-Lewis, “Vuravelling the Anti-Gay Network”, Advocate, 7 de septiembre de 1977; Andrew Kopkind, “America's New Right”, New Times, 30 de septiembre de 1977; Rosalind Pollack Petchesky, “Anti-Abortion, Anti-Feminism, and the Rise of the New Right”, Feminist Studies, vol. 7, n: 2, verano de 1981.

[26] Rhonda Brown, “Blueprint for a Moral America”, Nation, 23 de mayo de 1981.

Quizá el signo más manifiesto de los tiempos que corren sea el Adolescent Family Life Program (Programa para la Vida Familiar de los Adolescentes). También conocido como Teen Chastity Program (Programa para la Castidad Adolescente), recibe unos 15 millones de dólares del Gobierno Federal para su tarea de alentar a la gente joven a que se abstengan de mantener relaciones sexuales, o de utilizar anticonceptivos si las tienen, o de abortar si quedan embarazadas. En los últimos años se han sucedido innumerables disputas en distintos lugares del país sobre los derechos de los homosexuales, la educación sexual, el derecho al aborto, las librerías para adultos y los programas de las escuelas públicas. No es probable que la reacción anti-sexo haya finalizado, ni incluso que haya llegado a su máximo. A menos que algo cambie radicalmente, es probable que los próximos años nos traigan más de lo mismo.

En períodos tales como la década de 1880 en Inglaterra y los años 50 en Estados Unidos se da, de hecho, una reorganización de las relaciones sexuales. Las batallas libradas dejan un residuo en forma de leyes, prácticas sociales e ideologías de la sexualidad que a su vez afectarán a las maneras en que se perciba a la sexualidad durante mucho tiempo después. Todos los indicios apuntan a que la era actual es otra de este tipo en política sexual. Los resultados de las luchas en los años 80 dejarán sus huellas durante mucho tiempo. Por lo tanto, es imperativo comprender qué es lo que está pasando y qué es lo que está en juego para poder decidir adecuadamente qué políticas debe apoyarse y a qué políticas hay que oponerse.

Es difícil adoptar estas decisiones si se carece de un pensamiento radical completo, coherente e inteligente sobre el sexo. Desgraciadamente, el análisis progresista sobre la sexualidad está relativamente subdesarrollado. Gran parte de la aportación del movimiento feminista no es sino un añadido a la mistificación que rodea al tema. Existe una urgente necesidad de desarrollar unas perspectivas radicales sobre la sexualidad.

Paradójicamente, durante estos tristes años se ha producido una explosión de estimulantes escritos políticos y ensayos sobre el sexo. En los años cincuenta, el entonces joven movimiento por los derechos de los homosexuales iniciaba su andadura y prosperaba a la vez que la policía hacía redadas en los bares y se aprobaban leyes anti-homo sexuales. En los últimos seis años se han desarrollado nuevas comunidades eróticas, nuevas alianzas políticas y análisis; todo ello en medio de la represión. En este ensayo quiero proponer algunos elementos de un marco descriptivo y conceptual que sirva para reflexionar sobre el sexo y su política. Con ello espero contribuir a la acuciante tarea de crear un pensamiento preciso, humano y auténticamente liberador sobre el sexo.

II. PENSAMIENTO SOBRE EL SEXO

“Verás, Tim -dijo Phillip de pronto-, tu argumento no es razonable. Supongamos que admito tu primer punto de que la homosexualidad es justificable en ciertos casos y bajo ciertos controles. Entonces viene la trampa: ¿dónde termina la justificación y dónde empieza la degeneración? La sociedad debe condenar para poder proteger. Concedámosle el respeto incluso al homosexual intelectual y la primera barrera ha-

brá caído. Después caerá la siguiente y la otra hasta que el sádico, el que azota y el loco criminal exijan lo mismo, y la sociedad dejará de existir. Así que pregunto otra vez: ¿dónde colocar la frontera? ¿Dónde comienza la degeneración, sino en el comienzo de la libertad individual en estos asuntos?"

(Fragmento de una discusión entre dos homosexuales que intentan decidir si deben amarse, de una novela publicada en 1950)[27].

Una teoría radical del sexo debe identificar, describir, explicar y denunciar la injusticia erótica y la opresión sexual. Necesita, por tanto, instrumentos conceptuales que puedan mostrarnos el objeto a estudiar. Debe construir descripciones ricas sobre la sexualidad, tal y como ésta existe en la sociedad y en la historia, y requiere un lenguaje crítico convincente que transmita la crueldad de la persecución sexual.

Ciertos rasgos persistentes del pensamiento sexual inhiben el desarrollo de una teoría de este tipo. Tales supuestos están tan profundamente enraizados en la cultura occidental que raramente son cuestionados. Por tanto, tienden a reaparecer en diferentes contextos políticos, adoptando nuevas expresiones retóricas, pero reproduciendo los mismos axiomas fundamentales.

Uno de tales axiomas es el esencialismo sexual: la idea de que el sexo es una fuerza natural que existe con anterioridad a la vida social y que da forma a instituciones. El esencialismo sexual está profundamente arraigado en el saber popular de las sociedades occidentales, que consideran al sexo como algo eternamente inmutable, asocial y transhistórico. Dominado durante más de un siglo por la medicina, la psiquiatría y la psicología, el estudio académico del sexo ha reproducido el esencialismo. Todas estas disciplinas clasifican al sexo como una propiedad de los individuos, algo que reside en sus hormonas o en sus psiques. El sexo puede, indudablemente, analizarse en términos psicológicos o fisiológicos, pero dentro de estas Categorías etnocientíficas, la sexualidad no tiene historia ni determinantes sociales significativos.

Durante los últimos cinco años, una escuela de pensamiento histórica y teórica ha desafiado al esencialismo sexual, tanto explícita como implícitamente. La historia gay, en especial el trabajo de Jeffrey Weeks, ha estado a la cabeza, al mostrar que la homosexualidad tal y como la conocemos es un complejo institucional relativamente moderno^[28]. Muchos historiadores han llegado a considerar las formas institucionales contemporáneas de la heterosexualidad como un proceso histórico aún más reciente^[29]. Una importante personalidad de esta nueva escuela de pensamiento es Judith Walkowitz, cuya investigación ha mostrado hasta qué punto experimentó la prostitución profundas

[27] James Barr, *Quatrefoil*, New York, Greenberg, 1950, pág. 310.

[28] Este concepto fue articulado por primera vez por Mary McIntosh, "The Homosexual Role", *Social Problems*, vol. 16, n.º 2, otoño de 1968. La idea ha sido desarrollada por Jeffrey Weeks en *Coming Out: Homosexual Politics in Britain from the Nineteenth Century to the Present*, New York, Quartet, 1977, y en *Weeks, Sex, Politics and Society*, op. cit.; véase también D'Emilio, *Sexual Politics, Sexual Communities*, op. cit., y Gayle Rubin, "Introduction" a *A Woman Appeared to Me*, de Renée Vivien, Weatherby Lake, Mo., Naiad Press, 1979.

[29] Bert Hansen, "The Historical Construction of Homosexuality", *Radical History Review*, n.º 20, Primavera/Verano de 1979.

transformaciones durante el cambio de siglo. Esta autora nos presenta descripciones muy meticulosas de la forma en que el juego combinado de fuerzas sociales tales como la ideología, el temor, la agitación política, las reformas legales y la práctica médica pueden modificar la estructura de la conducta sexual y alterar sus consecuencias^[30].

La Historia de la Sexualidad, de Michel Foucault, ha sido el texto más influyente y emblemático de esta nueva escuela de pensamiento sobre el sexo. Foucault critica la visión tradicional de la sexualidad como impulso natural de la libido por liberarse de las limitaciones sociales. Foucault argumenta que los deseos no son entidades biológicas preexistentes, sino que, más bien, se constituyen en el curso de prácticas sociales históricamente determinadas. Foucault hace hincapié en los aspectos de la organización social generadores de sexo, más que en sus elementos represivos, al señalar que se están produciendo constantemente sexualidades nuevas, y señala la existencia de una falta de continuidad importante entre los sistemas de sexualidad, basados en el parentesco y las formas más modernas^[31].

El nuevo pensamiento sobre la conducta sexual le ha dado al sexo una historia y creado una alternativa constructivista al esencialismo sexual. El supuesto de que la sexualidad se constituye en la sociedad y en la historia y que no está unívocamente determinada por la biología subyace a todos los trabajos de esta escuela^[32]. Ello no significa que las capacidades biológicas no sean prerequisites de la sexualidad humana, significa simplemente que ésta no puede comprenderse en términos puramente biológicos. Los cuerpos y los cerebros son necesarios para las culturas humanas, pero ningún examen de estos puede explicar la naturaleza y variedad de los sistemas sociales. El hambre del estómago no proporciona indicios que expliquen las complejidades de la cocina. El cuerpo, el cerebro, los genitales y el lenguaje son todos necesarios para la sexualidad humana, pero no determinan ni sus contenidos, ni las formas concretas de experimentarlo, ni sus formas institucionales. Más aún, nunca encontramos al cuerpo separado de las mediaciones que le imponen los significados culturales. Parafraseando a Levi-Strauss, mi posición en lo referente a la relación entre biología y sexualidad es un “Kantismo sin libido trascendental^[33]”.

Es imposible pensar con claridad sobre la política de las razas o de los géneros, mientras los consideremos como entidades biológicas y no como construcciones sociales. De igual modo, la sexualidad es impermeable al análisis político, mientras se la conciba como un fenómeno biológico o como un aspecto de la psicología del individuo. La sexualidad es tan producto humano como lo son las

[30] Walkowitz, *Prostitution and Victorian Society*, op. cit., y Walkowitz, “Male Vice and Female Virtue”, op. cit.

[31] Michel Foucault, *The History of Sexuality*, New York, Pantheon, 1978. (N.T. Hay traducción castellana: *Historia de la sexualidad*, S. XXI ed., Madrid, 1980.)

[32] Puede encontrarse un análisis muy útil de estos temas en Robert Padgug, “Sexual Matters: On Conceptualizing Sexuality in History”, *Radical History Review*, n.º 20, Primavera/Verano de 1979.

[33] Claude Lévi-Strauss, “A Confrontation”, *New Left Review*, n.º 62, Julio-agosto de 1970. En esta conversación, Lévi-Strauss denomina a su propia postura “un kantismo sin sujeto trascendental”.

dietas, los medios de transporte, los sistemas de etiqueta, las formas de trabajo, las diversiones, los procesos de producción y las formas de opresión. Una vez que se comprenda el sexo en términos de análisis social e histórico será posible una política sexual más realista. Podrá, entonces, pensarse sobre ella en términos de fenómenos, tales como las poblaciones, las barriadas, las pautas de asentamiento territorial, las migraciones, los conflictos urbanos, la epidemiología y la tecnología policial. Son estas categorías de pensamiento más fructíferas que las tradicionales de pecado, enfermedad, neurosis, patología, decadencia, polución o del declive y caída de los imperios.

Al detallar las relaciones ente las comunidades eróticas estigmatizadas y las fuerzas sociales que las regulan, trabajos tales como los de Allan Bérubé, John D'Emilio, Jeffrey Weeks y Judith Walkowitz contienen categorías implícitas de análisis y crítica política. Sin embargo, la perspectiva constructivista ha mostrado ciertas debilidades políticas, que se han hecho especialmente evidentes en algunas interpretaciones erróneas de las posturas de Foucault.

Debido al énfasis que puso en las formas en que se producía la sexualidad, Foucault ha sido muy vulnerable a interpretaciones que niegan o minimizan la realidad de la represión sexual en el sentido más político. Foucault aclara repetidamente que no niega la existencia de la represión sexual, sino que la inscribe dentro de una dinámica más amplia^[34]. La sexualidad en las sociedades occidentales ha sido estructurada dentro de un marco social estrechamente punitivo y se ha visto sujeta a controles formales e informales muy reales. Es necesario reconocer los fenómenos represivos sin caer por ello en las suposiciones esencialistas del lenguaje de la libido, y es importante el estudio de las prácticas sexuales represivas, aunque las situemos dentro de una totalidad diferente y empleando una terminología más refinada^[35].

La mayor parte del pensamiento radical sobre el sexo se ha movido dentro de un modelo cuyos ejes eran los instintos y las limitaciones impuestas a ellos. Los conceptos sobre opresión sexual han sido encajados en esa visión más biológica de la sexualidad: a menudo es más fácil volver a la idea de una libido natural sujeta a la represión inhumana que reformular conceptos de injusticia sexual en un marco más constructivista, pero esto último es absolutamente necesario. Necesitamos una crítica radical de las prácticas sexuales que posea la elegancia conceptual de Foucault y la pasión evocadora de Reich.

El nuevo pensamiento sobre el sexo ha traído consigo un bienvenido énfasis en la idea de que los términos sexuales deben referirse a sus contextos históricos y sociales propios, además de un cauto escepticismo frente a las generalizaciones. Pero es importante poder indicar agrupamientos de conducta erótica y tendencias generales en la diserción sobre el erotismo. Además del esencialismo sexual, existen como mínimo otras cinco escuelas ideológicas cuya influencia en el pensamiento sobre el sexo es tan fuerte que dejar de criticarlas equivale a quedar enredados en ellas. Son la negatividad

[34] Foucault, op. cit., pág. 11

[35] Véase el análisis en Weeks, Sex, Politics and Society, op. cit., pág. 9.

sexual, la falacia de la escala extraviada, la valoración jerárquica de los actos sexuales, la teoría del dominó del peligro sexual y la ausencia de un concepto de variedad sexual benigna.

De estas cinco, la más importante es la primera. Las culturas occidentales consideran generalmente al sexo como algo peligroso, destructivo, como una fuerza negativa^[36]. La mayor parte de la tradición cristiana, siguiendo a San Pablo, mantiene que el sexo es en sí pecaminoso. Puede redimirse si se realiza dentro del matrimonio para propósitos de procreación, y siempre que los aspectos más placenteros no se disfruten demasiado. A su vez, esta idea descansa en la suposición de que los genitales son una parte intrínsecamente inferior del cuerpo, mucho menos sagrada que la mente, el “alma”, el “corazón” o incluso la parte superior del sistema digestivo (el estatus de los órganos excretores es similar al de los genitales)^[37]. Tales ideas han adquirido ya una vida propia y no dependen solamente de la religión para su supervivencia.

Esta cultura mira al sexo siempre con sospechas. Juzga siempre toda práctica sexual en términos de su peor expresión posible. El sexo es culpable mientras que no demuestre su inocencia. Prácticamente toda conducta erótica se considera mala a menos que exista una razón específica que la salve. Las excusas más aceptables son el matrimonio, la reproducción y el amor. En ocasiones pueden servir la curiosidad científica, la experiencia estética o una relación íntima prolongada, pero el ejercicio de la capacidad erótica, inteligencia, curiosidad o creatividad erótica requieren todas pretextos que son innecesarios para otros placeres tales como el disfrute de la comida, la ficción o la astronomía.

Lo que yo llamo la falacia de la escala extraviada es un corolario de la negatividad sexual. Susan Sontag comentó en una ocasión que desde que el cristianismo centró su atención “en la conducta sexual como fuente de la virtud, todo lo relacionado con el sexo se ha convertido en ‘caso especial’ en nuestra cultura”^[38]. Las leyes sobre el sexo han incorporado la actitud religiosa de que el sexo erótico es un pecado especialmente atroz, que merece los castigos más duros. Durante gran parte de la historia europea y americana, un simple acto voluntario de penetración anal era motivo de ejecución. En algunos estados la sodomía todavía hoy supone condenas de 20 años de prisión. Fuera del terreno legal, el sexo es también una categoría marcada. Las pequeñas diferencias en valores o en conducta se contemplan a menudo como amenazas cósmicas. Aunque la gente puede ser intolerante, tonta o quisquillosa sobre qué es una dieta adecuada, las diferencias en los menús raramente provocan las iras, ansiedades y terror que acompañan normalmente a las diferencias en los gustos eróticos. Los actos sexuales están gravados con un exceso de importancia.

[36] Véase Weeks, *Sex, Politics and Society*, op. cit., pág. 22.

[37] Ver, por ejemplo, “El Papa alaba a las parejas por su autocontrol”, *San Francisco Chronicle*, 13 de octubre de 1980, pág. 5; “El Papa dice que la excitación sexual no es pecado si es ética”, *San Francisco Chronicle*, 6 de noviembre de 1980, pág. 33; “El Papa condena la ‘lujuria carnal’ como un abuso de la libertad humana”, *San Francisco Chronicle*, 15 de enero de 1981, pág. 2; “El Papa da otro golpe al aborto. Control de la natalidad”, *San Francisco Chronicle*, 16 de enero de 1981, pag. 13, y “Sexualidad. No hay sexo en el cielo”, *San Francisco Chronicle*, 3 de diciembre de 1981, pág. 50. Ver también la nota 62 más abajo.

[38] Susan Sontag, *Styles of Radical Will*, New York, Farrar, Strauss & Giroux, 1969, pág. 46.

Las sociedades occidentales modernas evalúan los actos sexuales según un sistema jerárquico de valor sexual. En la cima de la pirámide erótica están solamente los heterosexuales reproductores casados. Justo debajo están los heterosexuales monógamos no casados y agrupados en parejas, seguidos de la mayor parte de los demás heterosexuales. El sexo solitario flota ambiguamente. El poderoso estigma que pesaba sobre la masturbación en el siglo XIX aún permanece en formas modificadas más débiles, tales como la idea de que la masturbación es una especie de sustituto inferior de los encuentros en pareja. Las parejas estables de lesbianas y gays están en el borde de la respetabilidad, pero los homosexuales y lesbianas promiscuos revolotean justo por encima de los grupos situados en el fondo mismo de la pirámide. Las castas sexuales más despreciadas incluyen normalmente a los transexuales, travestís, fetichistas, sadomasoquistas, trabajadores del sexo, tales como los prostitutas, las prostitutas y quienes trabajan como modelos en la pornografía y la más baja de todas, aquellos cuyo erotismo transgrede las fronteras generacionales.

Los individuos cuya conducta figura en lo alto de esta jerarquía se ven recompensados con el reconocimiento de salud mental, respetabilidad, legalidad, movilidad física y social, apoyo institucional y beneficios materiales. A medida que descendemos en la escala de conductas sexuales, los individuos que las practican se ven sujetos a la presunción de enfermedad mental, a la ausencia de respetabilidad, criminalidad, restricciones a su movilidad física y social, pérdida del apoyo institucional y sanciones económicas.

Un estigma extremo y punitivo mantiene en bajo status a algunas conductas sexuales y, de hecho, constituye una sanción contra quienes las practican. Las raíces de la fuerza de este estigma se encuentran en las tradiciones religiosas occidentales, pero la mayor parte de su contenido contemporáneo es resultado del oprobio médico y psiquiátrico.

Los viejos tabúes religiosos procedían en un principio de formas de organización social, basadas en el parentesco. Su función era la disuasión de uniones no apropiadas y la difusión de relaciones adecuadas. Las leyes sexuales derivadas de los pronunciamientos bíblicos tenían por objetivo impedir el encuentro de compañeros con relaciones incorrectas: consanguineidad (incesto), el mismo género (homosexualidad) o la especie equivocada (bestialismo). Cuando la medicina y la psiquiatría lograron adquirir un amplio poder sobre la sexualidad, les preocuparon menos los compañeros incorrectos que las formas de deseo sexual no apropiadas. Mientras que los tabúes contra el incesto caracterizaban de forma óptima a los sistemas de organización sexual basados en el parentesco, el cambio hacia el énfasis en los tabúes contra la masturbación era más conveniente a los nuevos sistemas organizados en torno a las cualidades de la experiencia erótica^[39].

La medicina y la psiquiatría multiplicaron las categorías de conductas sexuales erróneas. El capítulo sobre desórdenes psicosexuales del Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders, DSM (Manual de diagnóstico y estadística de desórdenes mentales), de la American Psychiatric Asso-

[39] Véase Véase Foucault, op. cit., págs. 106-107.

ciation (APA), viene a ser un mapa bastante fiable de la jerarquía moral actual de las actividades sexuales. La lista del APA (Asociación psiquiátrica norteamericana) está mucho más elaborada que las condenas tradicionales a la prostitución, la sodomía y el adulterio. La última edición, DSM-III, excluía la homosexualidad de la categoría de desórdenes mentales, tras una larga lucha política. Pero el fetichismo, el sadismo, el masoquismo, la transexualidad, el travestismo o el exhibicionismo, el voyeurismo y la pedofilia están firmemente clasificados como disfunciones psicológica^[40]. Aún se siguen escribiendo libros sobre la génesis, etiología, tratamiento y cura de estas supuestas “patologías”.

La condena psiquiátrica de las conductas sexuales utiliza conceptos de inferioridad mental y emocional, en vez de categorías de pecado sexual. Las prácticas sexuales de más bajo status son denigradas y tachadas de enfermedades mentales o de síntomas de una defectuosa integración de la personalidad. Además, los términos psicológicos empleados vinculan las dificultades de funcionamiento psicodinámico con diversas formas de conducta erótica. Igualan el masoquismo sexual a los caracteres de la personalidad autodestructiva, el sadismo sexual con la agresión emocional y el homoerotismo con la inmadurez. Estos revoltijos terminológicos se han convertido en poderosos estereotipos que se aplican indiscriminadamente a los individuos en base a su orientación sexual.

La cultura popular está imbuida de ideas tales como que la variedad erótica es peligrosa, insana, depravada y una amenaza a casi todo, desde los niños pequeños hasta la seguridad nacional. La ideología sexual popular es un nocivo brebaje hecho de ideas de pecado sexual, conceptos de inferioridad psicológica, anticomunismo, histeria colectiva, acusaciones de brujería y xenofobia. Los medios de comunicación alimentan estas actitudes a través de una propaganda incesante. Yo denominaría a este sistema de estima erótico la última forma de prejuicio socialmente respetable, si no fuera porque las viejas formas muestran una obstinada vitalidad y porque continuamente siguen apareciendo formas nuevas.

Todas estas jerarquías de valor sexual -religiosas, psiquiátricas y populares- funcionan de forma muy similar a los sistemas ideológicos del racismo, el etnocentrismo y el chovinismo religioso. Racionalizan el bienestar de los sexualmente privilegiados y la adversidad de la “chusma” sexual.

La figura 1 es un diagrama de una versión general del sistema de valores sexuales. Según dicho sistema, la sexualidad “buena”, “normal” y “natural” sería idealmente heterosexual, marital, monógama, reproductiva y no comercial. Sería en parejas, dentro de la misma generación y se daría en los hogares. Excluye la pornografía, los objetos fetichistas, los juguetes sexuales de todo tipo y cualesquiera otros papeles que no fuesen el de macho y hembra. Cualquier sexo que viole estas reglas es “malo”, “anormal” o “antinatural”. El sexo malo es el homosexual, promiscuo, no procreador, comercial o el situado fuera del matrimonio. Será la masturbación, las orgías, el encuentro sexual esporádico, el cruce de fronteras generacionales y el realizado en “público” o al menos en los arbus-

[40] American Psychiatric Association, Diagnostic and Statistical Manual of Mental and Physical Disorders, tercera edición, Washington DC, American

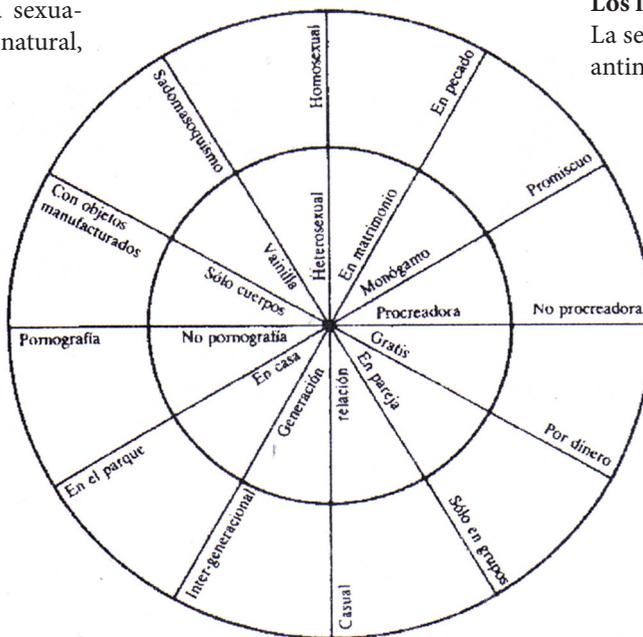
tos o en las baños públicos. Utilizará la pornografía, los objetos fetichistas, los juguetes sexuales o roles distintos a los tradicionales.

El círculo mágico: La sexualidad buena, normal, natural, sagrada

Los límites exteriores:

La sexualidad mala, anormal, antinatural, maldita

Heterosexual
En matrimonio
Monógamo
Procreadora
No comercial
En parejas
En una relación
Entre miembros de la misma generación
En privado
No pornografía
Sólo cuerpos
Vainilla (suave)



Homosexual
Sin matrimonio
Promiscua
No procreadora
Comercial
Solo o en grupos
Esporádico
Intergeneracional
En público
Pornografía
Con objetos manufacturados
Sadomasoquistas

Fig. 1. — La jerarquía sexual: el círculo mágico versus los límites exteriores

La figura 2 es un diagrama de otro aspecto de la jerarquía sexual: la necesidad de trazar y mantener una frontera imaginaria entre el sexo bueno y malo. La mayor parte de los discursos sobre sexo, ya sean religiosos, psiquiátricos, populares o políticos delimitan a una porción muy pequeña de la capacidad sexual humana y la califican de segura, saludable, madura, santa, legal o políticamente correcta. La “frontera” separa a éstas del resto de las conductas eróticas, a las que se considera peligrosas, psicopatológicas, infantiles, políticamente condenables u obra del diablo. Las discusiones por tanto versan sobre “dónde trazar la línea divisoria” y determinar a qué otras actividades se les podría permitir cruzar la frontera de la aceptabilidad.

Todos estos modelos asumen una teoría del dominó del peligro sexual. La frontera parece levantarse entre el orden sexual y el caos, y es una expresión del temor de que si se le permite a algo cruzarla, la barrera levantada contra el sexo peligroso se derrumbará y ocurrirá alguna catástrofe inimaginable.

La mayoría de los sistemas de enjuiciamiento sexual -ya sean religiosos, psicológicos, feministas o socialistas- intentan determinar a qué lado de la línea está cada acto sexual concreto. Sólo se les concede complejidad moral a los actos sexuales situados en el “lado bueno”. Por ejemplo los encuen-

tros heterosexuales pueden ser sublimes o desagradables, libres o forzados, curativos o destructivos, románticos o mercenarios. Mientras no viole otras reglas, se le concede a la heterosexualidad la plena riqueza de la experiencia humana. Por el contrario todos los actos sexuales del lado malo son contemplados como repulsivos y carentes de cualquier matiz emocional. Cuanto más separado esté el acto de la frontera más regularmente se le muestra como una experiencia mala.

Sexo “bueno”:

Normal, natural,
saludable, sagrado

Sexo “malo”:

Anormal,
Antinatural
Dañino, pecaminoso,
“extravagante”

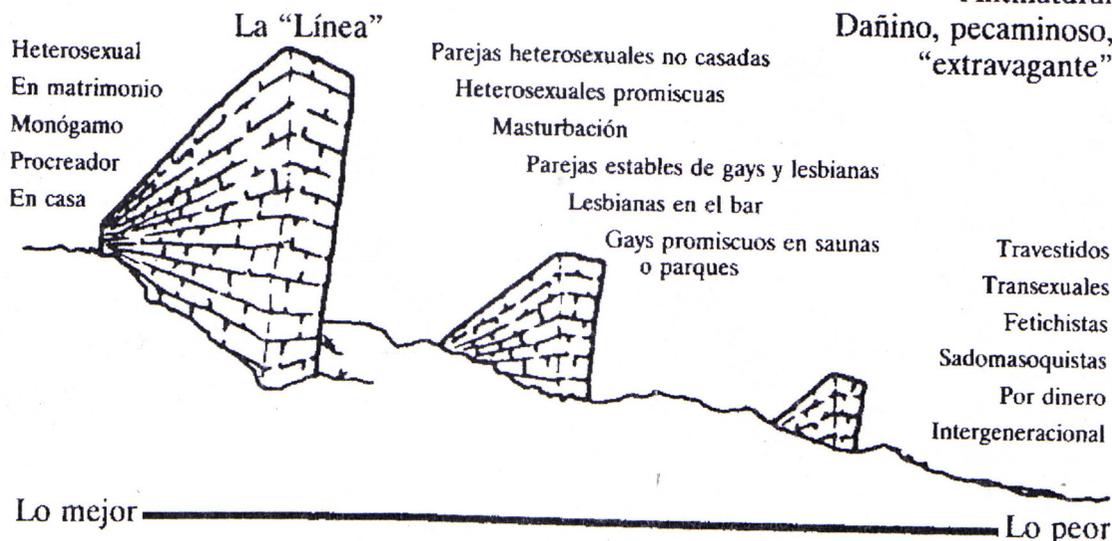


Fig. 2.- La jerarquía sexual: la lucha por donde trazar la línea divisoria.

Como resultado de los conflictos sexuales de la década pasada, algunas conductas cercanas a la frontera están comenzando a rebasarla lentamente. Las parejas no casadas que viven juntas, la masturbación y ciertas formas de la homosexualidad se mueven hacia la respetabilidad (ver figura 2). La mayor parte de las conductas homosexuales permanecen todavía en el lado malo, pero si es en parejas monógamas, la sociedad está empezando a reconocer que posee toda la riqueza de la interacción humana. La homosexualidad promiscua, el sadomasoquismo, el fetichismo, la transexualidad y los encuentros que traspasan la barrera generacional son todavía vistos como horrores incontrolados incapaces de incluir afecto, amor, libre elección, gentileza o transcendencia.

Este tipo de moralidad sexual tiene más en común con las ideologías racistas que con la verdadera ética. Concede la virtud a los grupos dominantes y relega el vicio a los no privilegiados. Una moralidad democrática debería juzgar los actos sexuales por la forma en que se tratan quienes participan

en la relación amorosa, por el nivel de consideración mutua, por la presencia o ausencia de coerción y por la cantidad y calidad de placeres que aporta. El que los actos sean homosexuales o no, en parejas o grupos, desnudos o en ropa interior, libres o comerciales, con o sin vídeo, no debiera ser objeto de preocupación ética.

Es difícil desarrollar una ética sexual pluralista sin un concepto de variedad sexual benigna. La variedad es una propiedad fundamental de toda forma de vida, desde los organismos biológicos más simples hasta las formaciones sociales humanas más complejas y, sin embargo, se supone que la sexualidad debe adaptarse a un modelo único. Una de las ideas más tenaces sobre el sexo es que hay una forma de hacerlo mejor que todas las demás, y que todo el mundo debería practicarlo en dicha forma.

A la mayor parte de la gente le resulta difícil comprender que cualquier cosa que a ellos pueda gustarles hacer sexualmente puede serle totalmente repulsiva a otra persona, y que lo que pueda repelerles será quizá el placer más apreciado de otra. A nadie tiene por qué gustarle, ni nadie está obligado a hacer un acto sexual concreto para poder reconocer la libertad de otra persona para realizarlo, y que esta diferencia no indica ninguna ausencia de buen gusto, ni de salud mental, ni de inteligencia en ninguna de las partes. La mayor parte de la gente toma equivocadamente a sus experiencias sexuales por un sistema universal que debe o debería funcionar para todos.

Esta idea de una única sexualidad ideal es característica de la mayoría de los sistemas de pensamiento sobre el sexo. Para la religión, el ideal es el matrimonio procreador. Para la psicología, la heterosexualidad madura. Aunque su contenido varía, el formato de una única norma sexual se reconstituye continuamente en otros marcos retóricos, incluidos el feminismo y el socialismo. Es igualmente objetable insistir en que todo el mundo deba ser lesbiana, no monógamo, como creer que todo el mundo deba ser heterosexual o estar casado, aunque este último grupo de opiniones está respaldado por un poder de coerción considerablemente mayor que el primero.

Progresistas que se avergonzarían de mostrar su chovinismo cultural en otros temas, lo exhiben rutinariamente en lo referente a las diferencias sexuales. Hemos aprendido a amar las diferentes culturas como expresiones únicas de la inventiva humana, no como los hábitos inferiores y repulsivos de los salvajes. Necesitamos una comprensión antropológica similar de las diferentes culturas sexuales.

La investigación sexual empírica es el único campo que incorpora un concepto positivo de la variedad sexual. Alfred Kinsey abordó el estudio del sexo con la misma curiosidad desinhibida con la que había examinado antes a una especie de avispas. Su distanciamiento científico dió a su trabajo una refrescante neutralidad que provocó las iras de los moralistas, además de una fuerte controversia^[41]. De entre los seguidores de Kinsey, John Gagnon y William Simon han sido los pioneros en la

[41] Alfred Kinsey, Wardell Pomeroy y Clyde Martin, *Sexual behavior in the Human Male*, Philadelphia, W.B. Saunders, 1948; Alfred Kinsey, Wardell Pomeroy, Clyde Martin y Paul Gebhard, *Sexual Behavior in the Human Female*, Philadelphia W. B. Saunders, 1953. (N. T. Ambas obras han sido traducidas al castellano: *Conducta sexual del hombre* y *Conducta*

aplicación de los conceptos sociológicos a la variedad erótica^[42]. Incluso parte de la vieja sexología es de utilidad. Aunque su trabajo está imbuido de ideas eugenésicas muy poco atractivas, Havelock Ellis fue un agudo observador. Su monumental *Studies in the Psychology of Sex* (Estudios en la Psicología del Sexo) es prolífico en detalles^[43].

Gran parte de los escritos políticos sobre la sexualidad revelan una ignorancia completa tanto de la sexología como de la moderna investigación sexual. Quizá sea ésta la razón por la que tan pocas escuelas y universidades se preocupen de enseñar sexualidad humana, y la de que tantos estigmas aparezcan en las investigaciones mismas sobre el sexo. Ni la sexología ni la investigación sexual han sido inmunes al sistema de valores sexuales imperante. Ambas incluyen supuestos e informaciones que no debieran ser aceptadas sin crítica, pero proporcionan a la vez abundantes detalles, una bienvenida calma y la capacidad de tratar la variedad sexual como algo que existe, y no como algo a exterminar. Estas dos áreas pueden proporcionar el fundamento empírico necesario para una teoría radical de la sexualidad, más útil que la combinación de psicoanálisis y principios feministas a la que tantos textos recurren.

III TRANSFORMACIÓN SEXUAL

“Según los antiguos códigos civiles y canónicos, la sodomía era una categoría de actos prohibidos, por tanto el que la perpetraba no era más que el sujeto jurídico de éstos. El homosexual del siglo XIX se convertía en un personaje, un pasado, un caso y una infancia, además de ser un tipo de vida, una forma de vida y una morfología de indiscreta anatomía y posiblemente misteriosa fisiología... El sodomita había sido una aberración temporal, el homosexual era ahora una especie.”

Michel Foucault^[44].

A pesar de numerosas continuidades con formas ancestrales, la organización sexual moderna posee un carácter que la distingue de todos los sistemas preexistentes. En Europa Occidental y en los Estados Unidos, la industrialización y la urbanización remodelaron a las poblaciones rurales y campesinas convirtiéndolas en una nueva fuerza de trabajo industrial y urbana. Generó además nuevas formas del aparato estatal, reorganizó las relaciones familiares, alteró los roles de género, hizo posibles nuevas formas de identidad, produjo desigualdades sociales nuevas y creó nuevos campos para el conflicto político e ideológico. También dio origen a un nuevo sistema sexual caracterizado por tipos distintos de personas, poblaciones, estratificación y conflictos político sexuales.

Los escritos de la sexología del siglo XIX sugieren la aparición de algo así como una estratificación

sexual de la mujer, S. XX, Buenos Aires, 1967.)

[42] John Ganan y William Simon, *Sexual Deviance*, New York, Harper & Row, 1967; John Gagnon y William Simon, *The Sexual Scene*, Chicago, Transaction Books, Aldine, 1970; John Gagnon, *Human Sexualities*, Glenview, Illinois, Scott, Foresman, 1977.

[43] Havelock Ellis, *Studies in the Psychology of Sex* (dos volúmenes), New York, Random House, 1936.

[44] Foucault, op. cit.

erótica. A pesar de lo extravagante de sus explicaciones, los primeros sexólogos estaban testimoniando la aparición de nuevos tipos de individuos eróticos y los comienzos de su agrupación en comunidades rudimentarias. El moderno sistema sexual contiene varias de estas poblaciones sexuales, estratificadas por medio del funcionamiento de una jerarquía ideológica y social. Las diferencias en la estima social crean fricciones entre estos grupos, que se embarcan en batallas políticas para alterar o mantener su lugar en el ranking. La política sexual contemporánea debe ser reconceptualizada en términos de la aparición y desarrollo de este sistema, de sus relaciones sociales, de las ideologías que lo interpretan y de sus formas específicas de conflicto.

La homosexualidad es el mejor ejemplo de este proceso de estratificación erótica. La conducta homosexual ha estado siempre presente entre los humanos, pero en las diferentes sociedades y épocas ha sido recompensada o castigada, buscada o prohibida, experiencia temporal o de toda la vida. En algunas sociedades de Nueva Guinea, por ejemplo, las actividades homosexuales son obligatorias para todos los hombres. Los actos homosexuales son considerados completamente masculinos, los roles se determinan por la edad y los compañeros por status de parentesco^[45]. Aunque estos hombres tienen conductas homosexuales y pedofílicas extensas, no son ni homosexuales ni pederastas.

Tampoco el homosexual del siglo XVI era un sodomita. En 1631, Mervyn Touchet, Conde de Castlehaven, fue juzgado y ejecutado por sodomía. De las actas del juicio resulta claro que el Conde no se veía ni era visto por nadie como una especie particular de individuo sexual. “Mientras que desde el punto de vista del siglo XX Lord Castlehaven sufría obviamente de problemas psicosexuales que requerían los servicios de un analista, desde la óptica del siglo XVI, había infringido deliberadamente la Ley de Dios y las leyes de Inglaterra, y lo único que necesitaba era los servicios de un verdugo”^[46]. EL Conde no se ponía su ropa más ajustada para dirigirse a la taberna gay más cercana a mezclarse con sus compañeros. Se quedaba en casa y sodomizaba a sus sirvientes. La conciencia gay, los pubs gays, el sentido de pertenencia a un grupo o incluso el término homosexual no eran parte del universo del Conde.

El soltero de Nueva Guinea y el noble sodomita solo están relacionados tangencialmente con el gay moderno, que quizá emigre del Colorado rural a San Francisco para vivir en un barrio gay, trabajar en un negocio de gay y participar en una compleja experiencia que incluye una identidad consciente, una, solidaridad de grupo, una literatura, una prensa y un alto nivel de actividad política. En las sociedades occidentales industriales, la homosexualidad ha adquirido gran parte de la estructura

[45] Gilbert Herd, *Guardians of the Flutes*, New York, McGraw-Hill, 1981; Raymond Kelly, “Witchcraft and Sexual Relations”, en Paula Brown y Georgeda Buchbinder (editores), *Man and Woman in the New Guinea Highlands*, Washington DC, American Anthropological Association, 1976; Gayle Rubin, “Coconuts Aspects of Male/Female Relationships in New Guinea”, sin publicar, 1974; Gayle Rubin, comentario a *Guardians of the Flutes*, *Advocate*, 23 de diciembre de 1982; J. Van Baal, Dema, La Haya, Nijhoff, 1966; F.E. Williams, *Papuans of the Transfly*, Oxford, Clarendon, 1936

[46] Caroline Bingham, “Seventeenth-Century Attitudes Toward Deviant Sex”, *Journal of Interdisciplinary History*, primavera de 1971, pág. 465.

institucional de un grupo étnico^[47].

La reubicación del homoerotismo en estas cuasi-étnicas comunidades sexuales fuertemente nucleadas es en parte consecuencia de las transferencias de población provocadas por la industrialización. A medida que los trabajadores emigraban a trabajar en las ciudades aumentaban las oportunidades para la formación de comunidades voluntarias. Los hombres y mujeres con inclinaciones homosexuales, que habrían vivido aislados y vulnerables en la mayor parte de las aldeas preindustriales, comenzaron a reunirse en pequeños rincones de las grandes ciudades. La mayoría de las ciudades del siglo XIX de Europa Occidental y Norteamérica tenían áreas en las que los hombres podían pasear para buscar otros hombres. Las comunidades lesbianas parecen haberse ido formando más lentamente y a menor escala. Sin embargo, ya en la década de 1890 existían varios cafés en París, cerca de la plaza Pigalle, que reunían una clientela lesbiana, y es probable que hubiese lugares similares en las demás ciudades importantes de Europa Occidental.

Las zonas de este tipo adquirieron mala reputación, lo que alertó a otros individuos interesados sobre su existencia y localización. En los Estados Unidos había territorios gays y lesbianos bien establecidos en New York, Chicago, San Francisco y Los Angeles, en la década de los cincuenta. La migración por motivos sexuales a lugares como Greenwich Village se había convertido en un fenómeno sociológico de importancia. A finales de los años setenta la migración sexual se daba en escala tan grande que comenzó a tener un impacto notable en la política urbana de los Estados Unidos, siendo San Francisco el ejemplo más notable y notorio^[48].

La prostitución ha experimentado una metamorfosis similar. La prostitución empezó a pasar de ser una ocupación temporal a un trabajo más permanente como resultado de la agitación, reforma legal y persecución policial del siglo XIX. Las prostitutas, que habían sido una parte más de la población obrera, comenzaron a ser cada vez más aisladas como miembros de un grupo proscrito^[49]. Las prostitutas y otros trabajadores sexuales difieren de los homosexuales y demás minorías de este tipo. El trabajo sexual es una ocupación, mientras que la desviación sexual es una preferencia erótica, aunque ambos comparten algunos rasgos comunes de organización social. Al igual que los homosexuales, las prostitutas son una población sexual criminal, estigmatizada en razón de su actividad sexual. Las prostitutas y los varones homosexuales son la presa favorita de las brigadas antivicio de todo el mundo^[50]. Al igual que los gays, las prostitutas ocupan zonas urbanas perfectamente delimitadas

[47] Stephen O. Murray, "The Institutional Elaboration of a Quasi-Ethnic Community", *International Review of Modern Sociology*, julio-diciembre de 1979.

[48] Véase Bérubé, "Behind the Spectre of San Francisco", op. cit.; Bérubé, "Marching to a Different Drummer", op. cit.; D'Emilio, *Gay Politics, Gay Community*, op. cit.; D'Emilio, *Sexual Politics, Sexual Communities*, op. cit.; Foucault, op. cit.; Hansen, op. cit.; Katz, op. cit.; Weeks, *Coming Out*, op. cit., y Weeks, *Sex, Politics and Society*, op. cit.

[49] Walkowitz, *Prostitution and Victorian Society*, op. cit.

[50] La policía antivicio hostiga también a todo negocio sexual, ya sean bares gays, baños, librerías de adultos, productores y distribuidores de artículos eróticos o clubs.

y deben batallar contra la policía para defenderlas y mantenerlas. La persecución legal de ambas poblaciones se justifica mediante una elaborada ideología que les califica de indeseables peligrosos e inferiores que no tienen el derecho a que se les deje en paz.

Además de organizar a homosexuales y prostitutas en poblaciones localizadas, la “modernización del sexo” ha generado un sistema de etnogénesis sexual continua. También comenzaron a formarse otras poblaciones de disidentes eróticos, las comúnmente llamadas “perversiones” o las “parafilias”. La sexualidad continúa escapando de las páginas del Diagnostic and Statistical Manual hacia las de la historia social. Actualmente otros grupos están intentando emular los éxitos de los homosexuales. Los bisexuales, los sadomasoquistas, los individuos que prefieren los encuentros intergeneracionales, los travestidos y los transexuales están en etapas distintas de formación de comunidades y de adquisición de identidad. No es que las perversiones estén proliferando sino más bien están intentando adquirir espacio social, pequeños negocios, recursos políticos y algún alivio a los castigos impuestos a la herejía sexual.

IV ESTRATIFICACIÓN SEXUAL

“Había nacido una subraza entera, diferente -a pesar de ciertos lazos de afinidad- a los libertinos del pasado. Desde finales del siglo XVIII hasta hoy día circularon por los poros de la sociedad, siempre perseguidos, aunque no siempre por las leyes; a menudo encerrados, aunque no siempre en prisiones; enfermos quizá, aunque escandalosos, víctimas peligrosas, presas de un extraño mal al que se llamaba vicio y a veces crimen. Eran niños adelantados para su edad, jovencitas precoces, escolares ambiguos, sirvientes y educadores dudosos, maridos crueles o maníacos, coleccionistas solitarios, vagabundos con impulsos extravagantes. Frecuentaban los correccionales, los penales, los tribunales y los asilos. Llevaban su infamia a los doctores y su enfermedad a los jueces. Era la innumerable familia de los pervertidos que hacían buenas migas con los delincuentes y simpatizaban con los locos”.

Michael Foucault^[51]

La transformación industrial de Europa occidental y América del Norte trajo consigo nuevas formas de estratificación social. Las desigualdades de clase resultantes son bien conocidas y han sido exploradas con detalle durante más de un siglo de estudios. La construcción de los modernos sistemas de racismo e injusticia étnica ha sido bien descrita y criticada. El pensamiento feminista ha analizado la organización imperante de la opresión de géneros pero, aunque determinados grupos eróticos tales como los homosexuales militantes y los trabajadores del sexo se han agitado contra el maltrato que reciben, no ha habido un intento similar de ubicar las distintas formas de persecución sexual dentro de un sistema más general de estratificación sexual. Sin embargo, tal sistema existe y su forma contemporánea es consecuencia de la industrialización occidental.

Las leyes sobre el sexo son el instrumento máspreciado de la estratificación sexual y la persecución erótica. El estado interviene ordinariamente en la conducta sexual a un nivel que no sería tolera-

[51] 51 Foucault, op. cit., pág. 40.

do en otras áreas de la vida social. La mayor parte de la gente desconoce la amplitud de las leyes sexuales, la enorme cantidad y variedad de conductas sexuales ilegales y el carácter punitivo de las decisiones de los tribunales. Aunque las federales pueden en ocasiones involucrarse en los casos de prostitución y obscenidad, la mayor parte de la legislación sexual es promulgada a nivel estatal y municipal y su cumplimiento queda en gran parte en manos de la policía local. Por tanto, hay una gran variedad de leyes que podrían aplicarse a cualquier caso, además su aplicación práctica varía enormemente según el clima político de turno. A pesar de este caos legal, es posible hacer algunas generalizaciones. Mi análisis de la legislación sexual no es aplicable a las leyes contra la coerción, el asalto sexual o la violación, sino que aborda los centenares de prohibiciones sobre relaciones sexuales voluntarias y los delitos con “status”, como por ejemplo la violación legal.

La legislación sobre el sexo es muy severa. Las penas por infringir estas leyes son todas completamente desproporcionadas a cualquier daño social o individual. Un solo acto sexual voluntario aunque ilícito, por ejemplo, poner los labios sobre los genitales de una ardiente pareja sexual es castigado en la mayor parte de los estados más severamente que la violación, la agresión o el asesinato. Cada uno de estos besos genitales, cada caricia lasciva es un crimen en sí mismo. Es por tanto dolorosamente fácil cometer múltiples delitos durante una sola noche de pasión ilegal. Una vez que alguien ha sido condenado por violar alguna de estas leyes, la repetición del mismo acto es motivo de procesamiento legal por reincidencia, en cuyo caso las penas serán mucho más severas. En algunos estados algunos individuos se han convertido en criminales reincidentes por haber tenido relaciones homosexuales en dos ocasiones distintas. Cuando una actividad erótica ha sido proscrita por la ley, todo el poder del estado fuerza a la conformidad con los valores que dicha ley defiende. La legislación sexual resulta especialmente fácil de aprobar, dado que los legisladores se oponen a ser benignos en los asuntos referidos al “vicio”. Pero una vez en los libros es extremadamente difícil de eliminar.

La legislación sexual no es un reflejo perfecto de la moral imperante sobre la conducta sexual. La variedad sexual per se está mucho más ricamente administrada por los profesionales de la salud mental, la ideología popular y la práctica social extralegal. Algunas de las conductas eróticas más detestadas, como, por ejemplo, el fetichismo y el sadomasoquismo no están tan reguladas por el sistema de justicia criminal como otras prácticas menos estigmatizadas, por ejemplo, la homosexualidad. Las conductas sexuales se convierten en competencia de la ley cuando llegan a ser motivo de preocupación social o de agitación política. Cada histeria sexual o campaña moralista depositan nuevas disposiciones legales como una especie de registro fósil de su existencia. El sedimento legal es más grueso -y la ley sexual más poderosa-en las conductas relacionadas con la obscenidad, el dinero, los menores y la homosexualidad.

Las leyes sobre obscenidad refuerzan el poderoso tabú sobre la representación directa de las actividades eróticas. El actual interés en las formas en que la sexualidad se ha convertido en un foco de atención social no deberá utilizarse para debilitar la crítica a esta prohibición. Una cosa es crear

discurso sexual en forma de psicoanálisis o durante una cruzada moral, y otra muy distinta mostrar gráficamente actos sexuales o genitales. La primera actividad goza de una permisividad social de la que carece la segunda. Se empuja al discurso sexual, a la reticencia, al eufemismo y la deshonestidad. El discurso libre sobre el sexo es una flagrante excepción de la Primera Enmienda, que no se aplica al discurso puramente sexual.

Las leyes antiobscenidad son parte de una legislación más amplia que convierte en ilegal a la práctica totalidad del comercio sexual. Las leyes del sexo prohíben severamente la mezcla de sexo y dinero, excepto vía matrimonial. Además, otras leyes que cubren el comercio sexual son las anti-prostitución, las referentes a bebidas alcohólicas y las disposiciones que regulan la ubicación y funcionamiento de los negocios “para adultos”. La industria del sexo y la economía gay han conseguido evitar parte de esta legislación, pero el proceso no ha sido fácil ni sencillo. La criminalidad que siempre se presume vinculada al comercio orientado al sexo condena esta actividad a la marginación, el subdesarrollo y la deformación. Los negocios relacionados con el sexo sólo pueden operar en los vacíos legales. Ello hace que la inversión sea baja y que gran parte de la actividad se dirija a salvarse de la cárcel, en vez de al suministro de bienes y servicios. Hace además a sus trabajadores más vulnerables a la explotación y a las malas condiciones de trabajo. Si el comercio sexual fuera legal, su mano de obra tendría más posibilidades de organizarse y luchar por mejores salarios y condiciones de trabajo, un mayor control sobre éste y por aliviar el estigma que pesa sobre ellos.

A pesar de lo que pueda pensarse de las limitaciones del comercio capitalista, una exclusión tan extrema del mercado difícilmente sería aceptable socialmente en otras áreas de actividad. Imaginen, por ejemplo, que el intercambio de dinero por cuidados médicos o por consultas psicológicas o farmacológicas fuese ilegal. La práctica médica tendría lugar en condiciones mucho menos satisfactorias si los médicos, enfermeras, farmacéuticos y terapeutas pudiesen ser encerrados en prisión a capricho de la “policía de salud” local. Esa es en esencia la situación de las prostitutas, trabajadores y empresarios del sexo.

El propio Marx consideraba el mercado capitalista como una fuerza revolucionaria, aunque limitada. Afirmaba que el capitalismo era progresivo en cuanto que disolvía los prejuicios y supersticiones precapitalistas y los lazos de los modos de vida tradicionales. “De ahí la gran influencia civilizadora del capital, su producción de un tipo de sociedad frente a la cual todas las etapas anteriores aparecen como simple progreso local e idolatría de la naturaleza”^[52]. Apartar al sexo de los efectos positivos de la economía de mercado difícilmente lo convierte en socialista.

La ley es especialmente fiera en la tarea de mantener la frontera entre la “inocencia” infantil y la sexualidad “adulta”. En vez de reconocer la sexualidad de los jóvenes e intentar ocuparse de ella con cariño y responsabilidad, nuestra cultura niega y castiga el interés y actividad erótica de todo aquel que esté por debajo de la edad de consentimiento. La cantidad de leyes dedicadas a proteger a la

[52] Karl Marx, en *The Grundrisse*, David McLellan (editor), New York, Harper & Row, 1971, pág. 94.

gente joven de una prematura exposición a la sexualidad resulta sorprendente.

El mecanismo principal para asegurar la separación de generaciones sexuales son las leyes sobre la edad de consentimiento. Estas leyes no hacen distinción entre la violación más brutal o el romance más cálido. Una persona de 20 años considerada culpable de contacto sexual con una de 17 años habrá de cargar con una severa sentencia prácticamente en todos los estados, independientemente de la naturaleza de la relación^[53]. Tampoco se les permiten a los menores otras formas de acceso a la sexualidad “adulta”. Se les prohíbe ver libros, películas o programas de televisión, en los que la sexualidad sea retratada “demasiado” gráficamente. Es legal que los jóvenes vean horribles exhibiciones de violencia, pero no lo es ver imágenes explícitas de los genitales. Los jóvenes sexualmente activos son a menudo encerrados en correccionales o castigados de otros modos por su “precocidad”.

Los adultos que se desvían demasiado de los modelos convencionales de la conducta sexual ven cómo se les niega, a menudo, el contacto con los jóvenes, incluso con sus propios hijos. Las leyes sobre custodia de hijos permiten al Estado robarle sus niños a cualquiera que sus actividades eróticas parezcan cuestionables a un juez de lo familiar. Un sinnúmero de lesbianas, hombres gays, prostitutas, heterosexuales promiscuos, trabajadores del sexo y mujeres “promiscuas” han sido declaradas no aptos como padres por medio de estas leyes. Se vigila estrechamente en los miembros de las profesiones de la enseñanza cualesquiera signos de conducta sexual fuera de lo común. En la mayor parte de los estados existen leyes por las que los maestros arrestados por delitos sexuales pierden sus trabajos y acreditación profesional. En ocasiones se ha despedido a un profesor porque su estilo de vida no convencional llega a oídos de sus superiores. La depravación moral es una de las pocas razones por las que puede perderse una plaza académica^[54]. Cuanto más influencia tiene un individuo sobre la generación siguiente, menos libertades se permiten a su conducta y opiniones. Por medio de este tipo de controles sobre padres y profesores, el poder coercitivo del estado asegura la transmisión de los valores sexuales conservadores.

La única conducta sexual adulta legal en todas partes es colocar el pene en la vagina en el matrimonio. Algunas leyes que incluyen el consentimiento adulto alivian algo esta situación en menos de la mitad de los estados. La mayoría de ellos imponen, sin embargo, severas penas a la sodomía y contactos homosexuales voluntarios sin sodomía, al adulterio, la seducción y el incesto adulto. Las leyes sobre sodomía varían mucho. En algunos estados se aplican igualmente a compañeros homosexuales o heterosexuales, con independencia de su condición marital. Algunos tribunales estatales han dictaminado que las parejas casadas tienen derecho a cometer sodomía en privado. Únicamente la sodomía homosexual es ilegal en algunos estados. Varias leyes sobre sodomía prohíben el sexo anal y el contacto oral-genital. En otros estados, la sodomía se aplica solamente a la penetra-

[53] Clark Norton, “Sex in America”, *Inquiry*, 5 de octubre de 1981. Este artículo es un magnífico resumen de gran parte de la legislación actual sobre sexo y su lectura es obligada para cualquier persona interesada en el tema.

[54] Bessera et al., *op. cit.*, págs. 165-167.

ción anal, y el sexo oral está regulado por varias leyes independientes.^[55]

Leyes como éstas criminalizan conductas sexuales libremente elegidas y ávidamente buscadas. La ideología en ella encarada refleja las jerarquías de valores anteriormente descritas. Es decir, algunos actos sexuales se consideran tan intrínsecamente malos que a nadie debe permitírsele realizarlos bajo ninguna circunstancia. El hecho de que los individuos consientan en ello o incluso los prefieran es considerado como evidencia adicional de su depravación. Este sistema de legislación sobre el sexo es similar al racismo legalizado. La prohibición sobre la penetración anal, el sexo oral y el contacto sexual entre varones convierte a los homosexuales en un grupo criminal al que se niegan los privilegios de la ciudadanía plena. Con tales leyes, el procesamiento es persecución. Incluso aunque no se vigile estrictamente su cumplimiento, como normalmente ocurre, los miembros de las comunidades sexuales criminalizadas siguen siendo vulnerables a la posibilidad de arresto arbitrario o a convertirse en las iras del pánico social durante ciertos períodos. En estos últimos, las leyes se hacen funcionar y la acción policial es rápida. La puesta en práctica esporádica de esta legislación sirve para recordar a los individuos que son miembros de un grupo perseguido. El arresto ocasional por sodomía, sexo oral, conducta lasciva o provocación mantiene a todo el mundo nervioso, atemorizado y cauto.

El Estado sostiene a la jerarquía sexual también por medio de la reglamentación burocrática. La política de inmigración prohíbe la admisión en los Estados Unidos de homosexuales y otros “desviados” sexuales. Los reglamentos militares impiden a los homosexuales servir en las fuerzas armadas. El hecho de que la gente gay no puedan casarse legalmente significa que no pueden disfrutar de los mismos derechos legales que los heterosexuales en muchos aspectos, incluida la herencia, los impuestos, el derecho a negarse a declarar en contra del cónyuge y la adquisición de ciudadanía por matrimonio. Estas son sólo algunas de las formas en las que el Estado refleja y mantiene las relaciones sociales de la sexualidad. La ley refuerza y apuntala la estructura de poder, los códigos de conducta y los prejuicios. En sus peores extremos, las leyes sexuales son pura y simplemente apartheid sexual.

Aunque el aparato legal sobre el sexo es inmenso, la mayor parte del control social cotidiano es extra-legal. Se imponen sanciones sociales menos formales, pero muy efectivas, a los miembros de poblaciones sexuales “inferiores”.

En su maravilloso estudio etnográfico sobre la vida gay en los años 60, Esther Newton observaba que la población homosexual estaba dividida entre los que ella llamaba los “abiertos” y los “ocultos”. “Los abiertos pasan la totalidad de su tiempo laboral en la comunidad (gay); los segundos viven la

[55] Sarah Senefeld Beserra, Nancy M. Jewel, Melody West Matthews y Elizabeth R. Gatov (editores), *Sex Code of California*, Public Education and Research Committee of California, 1973, págs. 163-168. Esta edición del *Sex Code of California* era anterior a las leyes de consenso adulto de 1976 y, en consecuencia, da una visión más general de la legislación sobre sodomía.

totalidad de su tiempo de ocio dentro de ella^[56]. En los años de estudio de Newton, la comunidad gay proporcionaba muchos menos trabajos que ahora y el mundo del trabajo no gay era casi totalmente intolerante frente a la homosexualidad. Había algunos individuos afortunados que podían ser abiertamente gays y ganar salarios decentes, pero la inmensa mayoría de los homosexuales debía escoger entre la pobreza honesta y la tensión de mantener una identidad falsa.

Aunque esta situación ha cambiado bastante, existe todavía una discriminación general contra la gay. A la inmensa mayoría de la población gay le es imposible manifestarse abiertamente en el trabajo. Por lo general, cuanto más importante y mejor pagado el trabajo, menos tolerará la sociedad la desviación erótica abierta. Resulta difícil a la gay encontrar un empleo en que no tengan que fingir, y la dificultad es doble o triple para los individuos de orientaciones sexuales más exóticas. Los sado-masoquistas dejan sus ropas fetiche en casa, y saben que deben tener especial cuidado en ocultar su identidad real. Si un pedófilo fuese descubierto por sus compañeros de trabajo, posiblemente saldría a pedradas de su oficina. Tener que mantener un secreto tan absoluto es una carga considerable. Incluso quienes están satisfechos con mantener el secreto pueden ser descubiertos accidentalmente. Los individuos no convencionales eróticamente se arriesgan a no poder encontrar trabajo o a no poder seguir sus vocaciones profesionales.

Los funcionarios y cualquier persona que ocupe una posición socialmente significativa son especialmente vulnerables. Un escándalo sexual es el método más seguro para echar a alguien del gobierno o destruir una carrera política. El hecho de que se espere que toda persona importante se ajuste a las normas más estrictas de conducta erótica desalienta a pervertidos sexuales de todas clases a buscar estos puestos. Por el contrario, los disidentes eróticos son canalizados hacia posiciones de menor impacto en la corriente de actividad y opinión sociales.

La expansión de la economía gay durante la última década ha proporcionado alternativas de empleo y algún alivio a la discriminación laboral contra los homosexuales, pero la mayor parte de los trabajos que proporciona son de bajo status y salario escaso. Los camareros, los empleados de las casas de baño y los disc jockeys no son precisamente funcionarios, bancarios ni ejecutivos de empresa. Muchos de los emigrantes, por razones sexuales, que acuden en masa a lugares como San Francisco enfrentan un proceso de empobrecimiento y han de afrontar una fuerte competencia en el mercado de trabajo. Este flujo de inmigrantes sexuales proporciona una masa de trabajo barato y explotable a muchos de los negocios de la ciudad, tanto gays como heterosexuales.

Las familias juegan un papel crucial en la tarea de imponer la conformidad sexual. Hay mucha presión social dirigida a negar a los disidentes eróticos las comodidades y recursos que una familia proporciona. La ideología popular mantiene que las familias no deben producir o albergar a este inconformismo erótico. Muchas responden a éste intentando reformar, castigar o desterrar a los

[56] Esther Newton, *Mother Camp: Female Impersonators in America*, Englewood Cliffs, New Jersey, Prentice-Hall, 1972, pág. 21 (el subrayado es del original).

miembros sexualmente delincuentes. Muchos de los emigrantes sexuales han sido rechazados por su familia y muchos otros están huyendo de la amenaza de institucionalización. Cualquier muestra al azar de homosexuales y trabajadores sexuales u otros desviados puede mostrarnos tristes y crueles historias de rechazo y malos tratos por parte de familias horrorizadas. La Navidad es la gran fiesta familiar en Estados Unidos y, en consecuencia, una época de tensión considerable en la comunidad gay. La mitad de sus habitantes regresan a ver a sus familias y muchos de quienes se quedan en los guetos gay no pueden hacerlo y reviven así su resentimiento y dolor.

Además de las sanciones económicas y la tensión en las relaciones familiares, el estigma de la disidencia erótica crea fricción en todos los demás aspectos de la vida cotidiana. El público en general ayuda a penalizar la no conformidad erótica cuando, siguiendo los valores que les han sido enseñados, los caseros niegan el alojamiento, los vecinos llaman a la policía y los gamberros golpean con la aprobación de la sociedad. Las ideologías de inferioridad erótica y peligro sexual reducen el poder de las y los desviados y trabajadores del sexo en los encuentros sociales de todo tipo. Disfrutan de menos protección frente a las conductas criminales o carentes de escrúpulos, tienen menos acceso a la protección policial y menos recursos legales. Las relaciones con las instituciones y burocracias -hospitales, policía, tribunales, bancos, funcionarios públicos- son más difíciles.

El sexo es un vector de opresión. El sistema de opresión sexual atraviesa otros modos de desigualdad social, separando a individuos o grupos según su propia dinámica interna. No es reducible ni comprensible en términos de clase, raza, grupo étnico o género. La riqueza, la piel blanca, el ser varón, los privilegios pueden mitigar los efectos de la estratificación sexual. Un blanco rico y pervertido se verá por lo general menos afectado que una mujer negra igualmente perteneciente a una minoría sexual, pero incluso los más privilegiados no son inmunes a la opresión sexual. Algunas de las consecuencias del sistema de jerarquía sexual son simples molestias y otras son bastante graves. En estos últimos casos, el sistema sexual es una pesadilla kafkiana, en la que las desgraciadas víctimas se convierten en rebaños humanos cuya identificación, vigilancia, detención, trato, encarcelamiento y castigo producen trabajo y autosatisfacción para miles de policías anti vicio, funcionarios de prisiones, psiquiatras y trabajadores sociales^[57].

[57] D'Emilio, *Sexual Politics, Sexual Communities*, op. cit., págs. 40-53. Tiene un análisis excelente de la opresión gay que cubren muchos de los temas que he mencionado en la década de los 50. La dinámica represiva que describe opera con algunas modificaciones sobre otras poblaciones eróticas y en otros períodos. El esquema de la opresión sobre los homosexuales debe generalizarse para aplicarlo, con las oportunas modificaciones, a otros grupos sexuales.

V CONFLICTOS SEXUALES

“El pánico moral cristaliza temores y ansiedades muy extendidos y, a menudo, se enfrenta a ellos, no buscando las causas reales de los problemas y las características que muestran, sino desplazándolos a los ‘tipos diabólicos’ de algún grupo social concreto (a menudo los ‘inmorales’ o los ‘degenerados’). La sexualidad ha jugado un papel particularmente importante en tales pánicos, y los ‘desviados’ sexuales han sido los chivos expiatorios omnipresentes.”

Jeffrey Weeks^[58]

El sistema sexual no es una estructura omnipotente ni monolítica. Se producen constantemente batallas sobre las definiciones valoraciones, acuerdos, privilegios y costes de la conducta sexual. La lucha política relacionada con el sexo asume formas características.

La ideología sexual juega un papel crucial en la experiencia sexual. En consecuencia, las definiciones y valoraciones de la conducta sexual son objeto de amargas luchas. Los enfrentamientos entre el temprano movimiento de liberación gay y el establishment psiquiátrico son el mejor ejemplo de este tipo de luchas, aunque las escaramuzas son constantes. Periódicamente, se dan también batallas entre los principales productores de ideología sexual -las iglesias, la familia, los medios de comunicación pública y los psiquiatras-y los grupos cuya experiencia es clasificada, distorsionada y puesta en peligro por los primeros.

La regulación legal de la conducta sexual es otro campo de batalla. Lysander Spooner diseccionó el sistema estatal de coerción moral hace aproximadamente un siglo en un texto inspirado principalmente por las campañas antialcohólicas. En *Vices Are Not Crimes: A Vindication of Moral Liberty* (Los vicios no son crímenes: una reivindicación de la libertad moral), Spooner argumentaba que el gobierno debía proteger a sus ciudadanos del crimen, pero que es estúpido, injusto y tiránico legislar contra el vicio. Analiza además las racionalizaciones que todavía hoy se escuchan en defensa del moralismo legalizado: que los “vicios” (Spooner está refiriéndose a la bebida, pero podíamos sustituirla por la homosexualidad, la prostitución o el uso de drogas como diversión) conducen al crimen y por tanto deben evitarse: que aquellos que practican los “vicios” son *non compos mentis*^[59] y por tanto el Estado debe protegerles de su propia autodestrucción a través de la ruina, y que debe protegerse a los niños de conocimientos supuestamente dañinos^[60]. El discurso sobre delitos sin víctima alguna no ha cambiado mucho. La lucha legal sobre las leyes sexuales continuará hasta que no estén garantizadas las libertades básicas de acción y expresión sexual, lo que exige el rechazo de todas las leyes sobre sexo, con excepción de las pocas que tratan con una coerción real. Exige además la abolición de toda policía antivicio, cuyo trabajo es hacer cumplir la moralidad legislada.

Además de las guerras legales y sobre definiciones, existen otras formas menos obvias de conflicto

[58] Weeks, *Sex, Politics and Society*, op. cit., pág. 14.

[59] No son dueños de su mente (N.T.).

[60] Lysander Spooner, *Vices Are Not Crimes: A Vindication of Moral Liberty*, Cupertino, CA, Tanstaaf Press, 1977.

político sexual a las que yo llamo guerras territoriales y de fronteras. Los procesos de creación de comunidades por parte de minorías eróticas y las fuerzas enfrentadas a esta creación producen batallas sobre la naturaleza y fronteras de las zonas sexuales.

La sexualidad disidente es más rara y está mucho más estrechamente vigilada en los pueblos pequeños y en las áreas rurales. En consecuencia la vida metropolitana atrae constantemente a jóvenes pervertidos. La migración sexual crea reservas concentradas de compañeros, amigos y asociados potenciales. Permite a los individuos crear redes de adultos con características de parentesco donde pueden vivir. Pero son muchas las barreras que deben vencer los emigrantes sexuales.

Según el prejuicio más extendido en los medios de comunicación y en la ideología popular, los mundos sexuales marginales son tristes y peligrosos. Son retratados como empobrecidos, desagradables y habitados por psicópatas y delincuentes. Los nuevos emigrantes deben estar lo bastante motivados como para resistir el impacto de tales imágenes desalentadoras. Los intentos de contrarrestar la propaganda negativa por medio de información más realista se topan normalmente con la censura, y se dan batallas ideológicas continuas sobre qué representaciones de las comunidades sexuales irán a los medios de comunicación más populares.

Se suprime también la información sobre cómo encontrar y vivir en los mundos sexuales marginales. Las guías de orientación son escasas e inexactas. En el pasado, los rumores, el cotilleo y la mala publicidad eran las pistas más disponibles para la localización de comunidades eróticas subrepticias. Durante finales de los 60 y principios de los 70 se hizo accesible una mejor información. Actualmente, grupos como la Mayoría Moral intentan volver a levantar los muros ideológicos en torno a estas comunidades, y dificultar lo más posible el tránsito en ambas direcciones.

La migración es cara. Los costes de transporte y mudanza, y la necesidad de encontrar casa y trabajo nuevos son dificultades económicas que los emigrantes deben superar. Estas barreras son especialmente difíciles para los jóvenes, que a menudo son los que más desesperadamente necesitan el cambio. Existen, sin embargo, rutas a las comunidades eróticas que consiguen atravesar el muro de propaganda y proporcionar además un refugio económico. La educación superior puede ser una de ellas para jóvenes de posición elevada. A pesar de sus serias limitaciones, la información sobre conducta sexual que se facilita en la mayoría de colegios y universidades es mejor que cualquier otra, y la mayor parte de colegios y universidades cobija a pequeñas redes eróticas de todo tipo.

Para los chicos más pobres, el ejército es a menudo la forma más fácil de poder escapar de donde quieran que estén. Las prohibiciones militares a la homosexualidad hacen que ésta sea una ruta peligrosa. Aunque los jóvenes homosexuales intentan continuamente utilizar las fuerzas armadas para escapar de situaciones intolerables en sus pueblos y acercarse a comunidades gays, deben afrontar los riesgos de ser descubiertos, del tribunal militar o de la expulsión deshonrosa.

Ya en las ciudades, las poblaciones eróticas tienen a nuclearse y a ocupar regularmente algún territorio visible. Las iglesias y otras fuerzas anti vicio presionan constantemente a las autoridades

locales para que limiten tales áreas, reduzcan su visibilidad o expulsen a sus habitantes de la ciudad. Periódicamente se adoptan medidas enérgicas: se lanza a las policías antivicio locales contra las poblaciones a controlar. Los homosexuales, los y las prostitutas y, en ocasiones, las y los travestidos son lo bastante territoriales y numerosos como para poder librar intensas batallas con los policías en defensa de calles, parques o callejones. Normalmente estas guerras de fronteras no tienen resultados definitivos, pero producen abundantes bajas.

Durante la mayor parte de este siglo, los submundos sexuales han sido marginales y miserables, sus residentes se han visto sujetos a la tensión y la explotación. El espectacular éxito conseguido por los empresarios gays en la creación de una economía gay variada ha modificado la calidad de vida dentro de este gueto. El nivel de comodidad material y organización social alcanzados por la comunidad gay en los últimos quince años carece de precedente, pero es importante recordar lo ocurrido con otros milagros similares. El crecimiento de la población negra de Nueva York a principios de siglo condujo al Renacimiento de Harlem, pero aquel período de creatividad se extinguió con la Gran Depresión. La relativa prosperidad y florecimiento cultural del gueto gay podría ser igualmente frágil. Al igual que los negros que escaparon del Sur al Norte metropolitano, quizá los homosexuales hayan simplemente cambiado problemas rurales por problemas urbanos.

Los pioneros gays ocuparon barriadas situadas en lugares céntricos aunque en ruinas. En consecuencia lindan con barrios pobres. Los homosexuales, en especial los que tienen rentas bajas, terminan compitiendo con otros grupos económicamente desfavorecidos por la limitada oferta de casas baratas. En San Francisco, esta competencia ha exacerbado el racismo y la homofobia, y es una de las causas de la epidemia de violencia callejera contra los homosexuales. En lugar de estar aislados y ocultos en los ambientes rurales, los homosexuales de la ciudad son ahora blancos obvios y abundantes de las frustraciones urbanas.

En San Francisco, la construcción desenfadada de rascacielos y residencias de alto coste en el centro de la ciudad está provocando la desaparición de casas a precios asequibles. La construcción de estos enormes edificios está creando una presión sobre todos los residentes de la ciudad. En los barrios de rentas bajas están los inquilinos gays pobres, no los contratistas multimillonarios. El espectro de la “invasión homosexual” es un chivo expiatorio apropiado que desvía la atención de los bancos, la comisión de planificación, el “establishment” político y los grandes constructores. En San Francisco, el bienestar de la comunidad gay se ha convertido en asunto de la política urbana.

Esta expansión afecta a todos los submundos eróticos territoriales. Tanto en San Francisco como en Nueva York, la construcción con altas inversiones y la renovación urbana se han introducido en las principales áreas de prostitución, pornografía y bares leather^[61]. La ideología antisexo, las leyes sobre

[61] Los bares leather (leather significa literalmente “cuero”) proveen diversión principalmente a un subgrupo de hombres gay. Para este grupo, el leather es un símbolo central de organización dentro de una serie de imágenes derivadas primordialmente de experiencias e instituciones masculinas. El leather se refiere también a una clase de actividades sexuales muy practicadas por dicho subgrupo.

obscenidad, sobre prostitución y las regulaciones de bebidas alcohólicas están siendo todas utilizadas para desalojar a negocios poco rentables, trabajadoras del sexo y hombres leather. Dentro de diez años, la mayor parte de estas áreas habrán sido barridas por las palas excavadoras, y convertidas en lugares seguros para centros de convenciones, hoteles internacionales, sedes de multinacionales y casas para los ricos.

El tipo de conflicto sexual más importante y de consecuencias más graves es lo que Jeffrey Weeks ha denominado el “pánico moral”. Los pánicos morales son el “momento político” del sexo, durante los cuales las actitudes difusas son canalizadas hacia la acción política y de allí al cambio social^[62]. La histeria sobre la esclavitud blanca de la década de 1880, las campañas anti-homosexuales de los años 50 y el pánico a la pornografía infantil de finales de los 70 son ejemplos típicos de este “pánico moral”.

Debido a que la sexualidad está tan mistificada en las sociedades occidentales, las guerras sobre ella a menudo se hacen con formas indirectas que dirigen a objetivos falsos. Se conducen con pasiones extraviadas y son intensamente simbólicas. Las actividades sexuales a menudo funcionan como significantes de temores personales y sociales con los que no guardan relación intrínseca alguna. Durante un pánico moral tales temores se relacionan con alguna actividad o población sexual desafortunada. Los medios de comunicación se indignan, la gente se comporta como una turba enfurecida, se activa a la policía y el estado promulga leyes nuevas. Cuando el furor haya pasado, algún grupo erótico inocente habrá sido diezmado y el estado habrá extendido su poder a nuevas áreas de conducta erótica.

El sistema de estratificación sexual proporciona víctimas fáciles que carecen de poder para defenderse y un aparato preexistente para controlar sus movimientos y restringir sus libertades. El estigma contra los disidentes sexuales los convierte en moralmente indefendibles. Todo pánico moral tiene consecuencias a dos niveles: la población objeto del mismo es la que más sufre, pero los cambios sociales y legales afectan a todos.

Los pánicos morales raramente alivian problema real alguno, pues sus objetivos son quimeras insignificantes. Se alimentan de la estructura discursiva preexistente, que inventa víctimas para poder justificar el tratamiento de los “vicios” como crímenes. La criminalización de conductas inocuas tales como la homosexualidad, la prostitución, la obscenidad o el uso de drogas con fines recreativos se racionalizan mostrando tales conductas como amenazas a la salud y a la seguridad, a las mujeres y niños, a la seguridad nacional, a la familia o a la civilización misma. Incluso cuando se reconoce que una actividad no provoca daño alguno, puede ser prohibida, pues se afirma que “conduce” a algo mucho peor (otra manifestación de la teoría del dominó)^[63]. Se han construido grandes y poderosos

[62] He tocado esta terminología del muy útil análisis de Weeks, *Sex, Politics and Society*, op. cit., págs. 14-15. 40

[63] Véase Spooner, op. cit., págs. 25-29. El discurso feminista antiporno encaja perfectamente en la tradición de justificar los intentos de control moral aduciendo que dicho control protegerá de la violencia a mujeres y niños.

edificios sobre la base de tales fantasmas. Generalmente, el estallido de un pánico moral viene precedido por una intensificada búsqueda de semejantes chivos expiatorios.

Profetizar es siempre arriesgado, pero no es necesaria una gran intuición para detectar pánicos morales potenciales en dos procesos que se desarrollan en la actualidad: los ataques al sadomasoquismo por una parte del movimiento feminista y el creciente uso que la derecha está haciendo del SIDA para incitar a una virulente homofobia.

La ideología feminista anti-pornografía ha contenido siempre una condena, a veces implícita a veces abierta, del sadomasoquismo. Las imágenes de sexo oral y penetraciones que constituyen el grueso de la pornografía pueden quizá turbar a quienes no estén acostumbrados a ella, pero es difícil argumentar convincentemente que tales imágenes sean violentas. Toda la primera propaganda antipornografía utilizaba una muestra muy selectiva de la imaginería sadomasoquista para respaldar un análisis muy débil. Sacadas de su contexto, tales imágenes son a menudo traumatizantes y ello fue despiadadamente explotado para asustar al público haciéndole aceptar la perspectiva antipornográfica.

Gran parte de la propaganda antipornográfica lleva implícito el mensaje de que el sadomasoquismo es la “verdad” esencial y de fondo a la que tiende toda la pornografía. Se piensa que la pornografía conduce a la pornografía sadomasoquista, y a su vez se supone que ésta lleva a la violación. Tenemos aquí la revitalización de la idea de que son los pervertidos sexuales los que cometen crímenes sexuales, no la gente normal. No existe evidencia alguna de que los lectores de revistas eróticas sadomasoquistas ni quienes lo practican cometan un número desproporcionado de crímenes sexuales. La literatura antipornográfica convierte a una minoría sexual impopular y a sus lecturas en chivo expiatorio de problemas sociales que ellos no crean.

La utilización que el discurso antipornográfico hace de la imaginería sadomasoquista tiene por objeto atizar la cólera. Lleva implícito el mensaje de que la forma de hacer el mundo más seguro para las mujeres es eliminar el sadomasoquismo. Las imágenes sadomasoquistas de la película *Not a Love Story* se emparejaban moralmente a las de negros violando a mujeres blancas, o a las de viejos babeantes judíos sobando a jovencitas arias, para incitar así al frenesí racista o antisemita.

La retórica feminista tiene una inquietante tendencia a reaparecer en contextos reaccionarios. Por ejemplo, en 1980 y 1981, el Papa Juan Pablo II pronunció una serie de discursos, reafirmando su compromiso con los puntos de vista más conservadores y paulinos sobre la sexualidad humana. Al condenar el divorcio, el aborto, el matrimonio civil, la pornografía, la prostitución, el control de natalidad, el hedonismo desenfrenado y la lujuria, el Papa utilizó abundante retórica feminista referente a la objetivación sexual. En un tono similar al de la lesbiana Julia Penélope, activa feminista, Su Santidad explicaba que “contemplar a alguien de modo lascivo convierte a esa persona en un objeto sexual, más que en un ser humano merecedor de dignidad”^[64].

[64] “Pope’s Talk on Sexual Spontaneity”, *San Francisco Chronicle*, 13 de noviembre de 1980, pág. 8; ver también la nota

La derecha se opone a la pornografía, y ya ha adoptado elementos de la retórica feminista anti-porno. La extensión del discurso anti-sadomasoquismo en el seno del movimiento de las mujeres podría fácilmente convertirse en vehículo para una caza de brujas moralista. Proporciona el blanco adecuado de la población indefensa, y también una base argumental para la recriminalización de los materiales sexuales que han escapado al alcance de las leyes actuales sobre obscenidad. Sería especialmente fácil aprobar leyes contra las publicaciones eróticas sadomasoquistas, semejantes a las leyes contra la pornografía infantil. El propósito de tales leyes sería “obviamente” reducir la violencia mediante la prohibición del llamado porno violento. Una campaña enfocada contra la leather amenaza podría tener como resultado adicional la aprobación de leyes que criminalizaran conductas sadomasoquistas que no son ilegales actualmente. El resultado último de un pánico moral como este sería el asalto legalizado a una comunidad inofensiva de pervertidos. Es dudoso que una caza de brujas como ésta hiciera contribución alguna a la reducción de la violencia contra las mujeres.

El pánico al SIDA es todavía más probable. Cuando el temor a una enfermedad incurable se mezcla con el terror sexual, el brebaje resultante es extremadamente volátil. Hace un siglo, los intentos de controlar la sífilis condujeron a la aprobación de las Contagious Diseases Acts (Leyes sobre Enfermedades Contagiosas) en Inglaterra. Estas leyes se basaban en teorías médicas erróneas y de nada sirvieron para detener la propagación de la enfermedad, pero trajeron la desgracia a las vidas de los cientos de mujeres que fueron encarceladas, sometidas al examen vaginal forzoso y estigmatizadas de por vida como prostitutas^[65].

Pase lo que pase, el SIDA tendrá consecuencias de largo alcance sobre el sexo en general y sobre la homosexualidad en particular. La enfermedad tendrá un impacto significativo en las opciones que la gente gay elija. Menos gente emigrará a las mecas gays por temor a la enfermedad, y los que ya residen en los guetos evitarán situaciones que consideren peligrosas en este sentido. La economía gay y el aparato político por ella financiado quizá muestren ser efímeros. El temor al SIDA ha afectado ya a la ideología sexual. Justo cuando los homosexuales acababan de conseguir quitarse la mancha de enfermedad mental, se encuentran ahora metafísicamente vinculados a una imagen de deterioro físico letal. El síndrome, sus peculiaridades y transmisibilidad están siendo utilizados para revitalizar los viejos temores de que la actividad sexual, la homosexualidad y la promiscuidad conducen a la enfermedad y la muerte.

El SIDA es a la vez una tragedia personal para quienes lo contraen y una calamidad para la comunidad gay. Los homófobos se han apresurado a volver esta tragedia contra sus mismas víctimas. Un columnista ha sugerido que el SIDA ha existido siempre, que las prohibiciones bíblicas tocantes

37. Julia Penelope afirma que “no necesitamos nada que se autocalifique como puramente sexual” y que “la fantasía, como aspecto de la sexualidad, puede ser una ‘necesidad’ falocéntrica de la que no nos hemos liberado todavía”, en “And Now For the Really Hard Questions”, *Sinister Wisdom*, número 15, otoño de 1980, pág. 103.

[65] Véase especialmente Walkowitz, *Prostitution and Victorian Society*, op. cit., y Weeks, *Sex, Politics and Society*, op. cit.

a la sodomía buscaban proteger a la gente de este síndrome, y que el SIDA es por tanto el castigo apropiado por haber violado los códigos levíticos. Utilizando como motivo el temor al contagio, los derechistas de Reno, Nevada, intentaron prohibir el rodeo gay de esta ciudad. Una reciente publicación del Moral Majority Report nos retrataba la imagen de una “típica” familia blanca cuyos cuatro miembros llevaban máscaras quirúrgicas. La cabecera del anuncio era: “El SIDA: LAS ENFERMEDADES HOMOSEXUALES AMENAZAN A LAS FAMILIAS AMERICANAS”^[66]. Phyllis Schlafly ha publicado recientemente un panfleto en el que argumentaba que la aprobación de la Equal Rights Amendment (Enmienda de la Igualdad de Derechos) imposibilitaría “nuestra protección legal contra el SIDA y otras enfermedades portadas por los homosexuales”^[67]. La literatura derechista actual reclama el cierre de los baños gays, la prohibición legal del empleo de homosexuales en trabajos de manipulación de alimentos y la prohibición estatal de las donaciones de sangre procedentes de gente gay. Llevar adelante una política así exigiría que el gobierno identificase a todos los homosexuales y les impusiese marcas sociales y legales fácilmente reconocibles.

Ya es bastante desgracia que la comunidad gay tenga que enfrentarse a la amenaza médica de haber sido la población en la que una enfermedad mortal haya hecho su aparición y además se haya extendido. Es todavía peor tener que cargar también con las consecuencias sociales. Antes incluso del temor al SIDA, en Grecia se había aprobado una ley que permitía a la policía arrestar a homosexuales sospechosos y obligarles a someterse a un examen de enfermedades venéreas. Hasta que no se comprendan plenamente el SIDA y sus formas de transmisión, es probable que seamos testigos de toda clase de propuestas de control de la enfermedad a través del castigo a la comunidad gay y el ataque a sus instituciones. Cuando se desconocía la causa de la Enfermedad del Legionario, nadie exigió la cuarentena para los miembros de la Legión Americana, ni el cierre de sus locales de reunión. La Ley de Enfermedades Contagiosas Inglesa contribuyó muy poco al control de la sífilis, pero causó muchos sufrimientos a las mujeres afectadas. La historia del pánico que ha acompañado a las epidemias nuevas, y del daño ocasionado a sus víctimas inocentes debiera hacernos a todos reflexionar y contemplar con extremo escepticismo cualquier intento de justificación de políticas antigay que se apoyen en el SIDA.

VI LOS LÍMITES DEL FEMINISMO

“Sabemos que en un extraordinario número de casos el crimen sexual está asociado a la pornografía. Sabemos que los criminales la leen, que están claramente influidos por ella. Creo que si conseguimos eliminar la distribución de tales publicaciones entre niños impresionables, reduciremos considerablemente nuestra aterradora tasa de crímenes sexuales”.

J. Edgar Hoover^[68]

[66] Moral Majority Report, julio de 1983. Estoy en deuda con Allan Bérubé por haber llamado mi atención sobre esto.

[67] Citado en “Capitol Report”, por Larry Bush, en Advocate, 8 de diciembre de 1983, pág. 60.

[68] Citado en H. Montgomery Hyde, A History of Pornography, New York, Dell, 1965, pág. 31. (N.T. Historia de la

En ausencia de una teoría radical del sexo más articulada, la mayor parte de los progresistas han recurrido como guía al feminismo. Pero las relaciones entre feminismo y sexo son muy complejas. Debido a que la sexualidad es un nexo de las relaciones entre los géneros, una parte importante de la opresión de las mujeres está contenida en y mediada por la sexualidad. El feminismo ha mostrado siempre un gran interés por el sexo, pero se han dado dos líneas básicas de pensamiento feminista sobre la cuestión. Una tendencia ha criticado las restricciones impuestas a la conducta sexual de las mujeres y ha denunciado el alto precio que se les hace pagar por ser sexualmente activas. Esta tradición de pensamiento feminista ha reclamado una liberación sexual que alcance tanto a las mujeres como a los hombres. La segunda tendencia ha considerado la liberalización sexual como una mera extensión de los privilegios masculinos. Esta tradición comparte un tono similar al del discurso antisexual conservador. Con la llegada del movimiento antipornográfico adquirió una hegemonía temporal en el análisis feminista.

El movimiento antipornografía y sus textos han sido la expresión más amplia de este discurso^[69]. Además, los y las defensoras de este punto de vista han condenado la práctica totalidad de las variantes de expresión sexual, tachándolas de antifeministas. En este marco de pensamiento, el lesbianismo monógamo que se da en relaciones íntimas prolongadas y que excluye la polarización de roles ha sustituido al matrimonio heterosexual procreador como vértice de la pirámide jerárquica de valores. La heterosexualidad ha sido relegada a la zona media. Aparte de este cambio, todo lo demás permanece más o menos igual. Las profundidades de la jerarquía están ocupadas por los grupos y conductas habituales: la prostitución, la transexualidad, el sadomasoquismo y las relaciones intergeneracionales^[70]. La mayor parte de la conducta gay masculina, todo el sexo casual, la promiscuidad y la conducta lesbiana no monógama, o con roles o extrañezas son también censuradas^[71]. Se denuncia

pornografía, Ed. La Pléyade, Buenos Aires, 1973.)

[69] Véase, por ejemplo, *Take Back the Night*, de Laura Lederer (editora), New York, William Morrow, 1980; *Pornography*, de Andrea Dworkin, New York, Perigee, 1981. El *Newspage* de San Francisco's *Women Against Violence in Pornography and Media* y el *Newsreport* del *New York Women Against Pornography* son fuentes excelentes.

[70] Barry, *Female Sexual Slavery*, Englewood Cliffs, New Jersey, Prentice Hall, 1979; Janice Raymond, *The Transsexual Empire*, Boston, Beacon, 1979; Kathleen Barry, "Sadomasochism: The New Backlash to Feminism", *Trivia*, número 1, otoño de 1982; Robin Ruth Linden, Darlene R. Pagano, Diana E.H. Russell y Susan Leigh Starr (editores), *Against Sadomasochism*, East Palo Alto, CA, *Frog in the Weell*, 1982; y Florence Rush, *The Best Kept Secret*, New York, McGraw-Hill, 1980.

[71] Sally Gearhart, "An Open Letter to the Voters in Districts an San Francisco's Gay Communities", 1979; Adrienne Rich, *On Lies, Secrets and Silence*, New York, W.W. Norton, 1979, pág. 225. (N.T. Hay traducción castellana: *Sobre mentiras, secretos y silencios*, Icaria, Barcelona, 1983.) ("Por otro lado, existe una cultura patriarcal homosexual, una cultura creada por varones homosexuales que refleja estereotipos masculinos tales como la dominancia y la sumisión como formas de relación y la separación del sexo del lazo emocional. Esta cultura está teñida de un profundo odio a las mujeres. Además, ha ofrecido a las lesbianas los estereotipos de los roles de 'macho' y de 'hembra', de 'activo' y 'pasivo', ligue, sadomasoquismo y el mundo violento y autodestructivo de los bares 'gay'.") Judith Pasternak, "The Strangest Bedfellows: Lesbian Feminism and the Sexual Revolution", *Woman News*, octubre de 1983; Adrienne Rich, "Compulsory Heterosexuality and Lesbian Existence", en *Powers of Desire: The Politics of Sexuality*; Ann Snitow, Christine Stansell y Sharon Thompson (editoras), New York, Monthly Review Press, 1983.

incluso como influencia falocéntrica la fantasía sexual durante la masturbación^[72].

Este discurso sobre la sexualidad tiene más de demonología que de sexología. Presenta de la peor forma posible la mayor parte de las conductas eróticas, y en sus descripciones de comportamientos eróticos utiliza siempre como representativo el peor ejemplo posible. Muestra siempre la pornografía más desagradable, las formas de prostitución más explotadoras y las manifestaciones de variedad sexual menos apetecibles o más turbadoras. Esta táctica retórica tergiversa de forma consistente la sexualidad humana en todas sus formas. La imagen de la sexualidad humana que emerge de esta literatura es siempre fea.

Además, esta retórica antipornográfica es un ejercicio masivo de búsqueda de chivos expiatorios. Critica actos de amor poco rutinarios en lugar de a los rutinarios actos de opresión, explotación y violencia. Esta sexología demoníaca dirige la legítima ira provocada por la falta de seguridad personal de las mujeres hacia individuos, prácticas y comunidades inocentes. La propaganda antiporno a menudo lleva implícito el mensaje de que el sexismo se origina dentro de la industria del sexo comercial y que de allí se propaga al resto de la sociedad. Sociológicamente hablando, esto no tiene ningún sentido. La industria del sexo no es ciertamente una utopía feminista, pero simplemente refleja el sexismo imperante en la sociedad en su conjunto. Es necesario analizar y oponerse a las manifestaciones de desigualdad sexual específicas de la industria del sexo, pero ello es muy distinto a intentar eliminar el sexo comercial.

Igualmente, minorías eróticas, tales como los sadomasoquistas o los transexuales, son tan proclives a mostrar actitudes o conductas sexistas como cualquier otro grupo social. Pero pretender que dichas minorías eróticas son antifeministas por principios es pura fantasía. Buena parte de la literatura feminista actual atribuye la opresión de las mujeres a las representaciones gráficas del sexo, a la prostitución, a la educación sexual, al sadomasoquismo, a la homosexualidad masculina y al transexualismo. ¿Qué ha pasado con la familia, la religión, la educación, los métodos de crianza, los medios de comunicación, el Estado, la psiquiatría o la discriminación laboral y salarial?

Por último, este llamado discurso feminista recrea una moralidad sexual muy conservadora. Durante más de un siglo se han librado batallas sobre el precio que la actividad sexual debía de pagar en vergüenza, dolor y castigo. La tradición conservadora ha fomentado la oposición a la pornografía, la prostitución, la homosexualidad, la variedad erótica, la educación e investigación sexual, el aborto y los anticonceptivos. La opuesta tradición pro sexo ha incluido a individuos como Havelock Ellis, Magnus Hirschfeld, Alfred Kinsey y Victoria Woodhull, además de al movimiento por la educación sexual, a las organizaciones de prostitutas y homosexuales militantes o al movimiento en favor de los derechos de procreación y a organizaciones como la Sexual Reform League (Liga para la Reforma Sexual) de los años 60. Esta variada colección de reformadores, educadores y militantes sexuales tiene conceptos mezclados en aspectos sexuales y feministas, pero está ciertamente más próxima al

[72] Julia Penélope, op. cit.

espíritu del feminismo moderno que los cruzados de la moral, el movimiento por la pureza social y las organizaciones antivicio. A pesar de ello, la demonología sexual feminista actual eleva a los cruzados antivicio a posiciones de honor ancestral, mientras que condena como antifeminista la tradición más liberadora. En un ensayo representativo de varias de éstas tendencias, Sheila Jeffreys culpa a Havelock Ellis, a Edward Carpenter, a Alejandra Kollantai (creyentes en el goce del sexo en cualquier persecución política posible) y al Congreso de 1929 de la World League for Sex Reform^[73] de haber contribuido enormemente “a la derrota del feminismo militante”^[74].

El movimiento antipornografía ha pretendido hablar en nombre de todo el feminismo. Afortunadamente no es así. La liberación sexual ha sido y continúa siendo uno de los objetivos feministas. Aunque el movimiento de las mujeres haya quizá producido parte del pensamiento sexual más regresivo a este lado del Vaticano, ha elaborado también una defensa clara, innovadora y apasionante del placer sexual y la justicia erótica. Este feminismo “pro-sexo” ha sido principalmente obra de lesbianas, cuya sexualidad no se ajusta a los convencionalismos de pureza del movimiento (principalmente lesbianas sadomasoquistas y lesbianas butch/femm^[75] dykes), de heterosexuales que no se avergüenzan de serlo y de mujeres partidarias del feminismo radical clásico, no de las parodias revisionistas de feminismo tan comunes hoy en día^[76]. Aunque las fuerzas antiporno han intentado excluir del movimiento a cuantos están en desacuerdo con ellas, el pensamiento feminista sobre el

[73] Liga Mundial por la Reforma Sexual (N.T.).

[74] Sheila Jeffreys, “The Spinster and Her Enemies: Sexuality and the Last Wave of Feminism”, *Scarlet Woman*, número 13, parte II, julio de 1981, pág. 26. Puede encontrarse un desarrollo más elaborado de esta tendencia en Judith Pasternak, op. cit.

[75] Lesbianas que, de alguna manera, representan un papel masculino o femenino (N.T.).

[76] Pat Califia, “Feminism vs. Sex: A New Conservative Wave”, *Advocate*, 21 de febrero de 1980; Pat Califia, “Among Us, Against Us, The New Puritans”, *Advocate*, 17 de abril de 1980; Califia, “The Great Kiddy Porn Scare of ‘77 and Its Aftermath”, op. cit.; Califia, “A Thorny Issue Splits a Movement”, op. cit.; Califia, *Sapphisty Talla hassee*, Florida, Naiad, 1980; Pat Califia, “What Is Gay Liberation?” *Advocate*, 25 de junio de 1981; Califia, “Feminism and Sadomasochism”, *Co-Evolution Quarterly*, número 33, primavera de 1981; Pat Califia, “Response to Dorchen Leidholdt”, *New Women’s Times*, octubre de 1982; Pat Califia, “Public Sex”, *Advocate*, 30 de septiembre de 1982; Pat Califia, “Doing It Together: Gay Men, Lesbians and Sex”, *Advocate*, 7 de julio, 1983; Pat Califia, “Gender-Bending”, *Advocate*, 15 de septiembre, 1983; Pat Califia, “The Sex Industry”, *Advocate*, 13 de octubre, 1983; Deirdre English, Amber Hollibaugh y Gayle Rubin, “Talking Sex”, *Socialist Review*, julio/agosto, 1981; “Sex Issue”, *Heresies*, número 12, 1981; Amber Hollibaugh, “The Erotophobic Voice of Women: Building a Movement for the Nineteenth Century”, *New York Native*, 26 de septiembre-9 de octubre, 1983; Maxine Holz, “Porn: Turn On or Put Down, Some Thoughts on Sexuality”, *Processed World*, número 7, primavera de 1983; Barbara O’Dair, “Sex, Love and Desire: Feminists Struggle Over the Portrayal of Sex”, *Alternative Media*, primavera de 1983; Lisa Orlando, “Bad Girls and ‘Good’ Politics”, *Village Voice*, suplemento literario, diciembre, 1982; Joanna Russ, “Being Against Pornography”, *Thirteenth Moon*, vol. VI, números 1 y 2, 1982; Samois, *What Color is your Handkerchief*, Berkeley, Samois, 1979; Samois, *Coming to Power*, Boston, Alyson, 1982; Deborah Sundahl, “Stripping for a Living”, *Advocate*, 13 de octubre, 1983; Nancy Wechsler, “Interview with Pat Califia and Gayle Rubin”, parte I, *Gay Community News*, Book Review, 18 de julio, 1981, y, parte 11, *Gay Community News*, 15 de agosto, 1981; Ellen Willis, *Beginning to see the Light*. New York, Knopf, 1981; Hay un excelente análisis de la historia de los cambios ideológicos en el feminismo que han influenciado los debates sobre el sexo en Alice Echols, “Cultural Feminism: Feminist, Capitalism and the Anti-Pornography Movement”, *Social Text*, número 7, primavera y verano de 1983.

sexo continúa estando profundamente polarizado^[77].

Dondequiera que hay polarización, hay una desgraciada tendencia a pensar que la verdad está en algún lugar intermedio. Ellen Willis ha comentado sarcásticamente que “el prejuicio feminista es que las mujeres son iguales que los hombres, y el machista que las mujeres son inferiores. El punto de vista imparcial es que la verdad está en algún lugar intermedio^[78]”. La última novedad en la guerra sexual de las feministas es la aparición de un término medio que busca evitar por un lado los peligros de un fascismo antiporno y, por otro, el supuesto “todo vale” libertario^[79]. Aunque es difícil criticar una postura que no está aún totalmente elaborada, quiero llamar la atención sobre algunos problemas incipientes.

Esta última corriente se basa en una caracterización falsa de los polos del debate, que convierte a ambos lados en igualmente extremistas. Según B. Ruby Rich, “el deseo de un lenguaje de la sexualidad ha llevado a las feministas a conceptos (pornografía, sadomasoquismo) demasiado estrechos o sobredeterminados en cuanto instrumentos útiles de análisis. El debate ha dado paso al enfrentamiento^[80]. Es cierto que las peleas entre la Women Against Pornography (WAP)^[81] y las lesbianas sadomasoquistas han recordado en ocasiones a las guerras de bandas, pero la responsabilidad de ello es sobre todo del movimiento antiporno y su negativa a una discusión razonable. Las lesbianas sadomasoquistas se han visto obligadas a luchar para defender su pertenencia al movimiento y a defenderse a sí mismas de la calumnia. Ni una sola de las portavoces del sadomasoquismo lesbiano ha afirmado nunca que exista supremacía alguna de su preferencia sexual sobre las demás, ni defendido que todo el mundo debiera ser sadomasoquista. Además de autodefenderse, las lesbianas sadomasoquistas han reclamado el reconocimiento de la diversidad erótica y una discusión más abierta sobre la sexualidad^[82]. Intentar encontrar un camino intermedio entre la WAP y Samois es un poco como decir que la verdad sobre la homosexualidad está en algún punto intermedio entre las posiciones de la Mayoría Moral y las del movimiento gay.

En política siempre resulta muy fácil marginar a los radicales e intentar conseguir la aceptación de una posición moderada retratando a los otros como extremistas. Los liberales han estado haciendo esto durante años con los comunistas. Las militantes sexuales radicales son las que han abierto los debates sobre el sexo y es verdaderamente bochornoso negar su contribución, falsear sus posiciones

[77] Lisa Orlando, “Last at Last! Spandex Invades the Academy”, *Gay Community News*, 15 de mayo de 1982; Ellen Willis, “Who Is a Feminist? An Open Letter to Robin Morgan”, *Village Voice*, Suplemento Literario, diciembre de 1982.

[78] Ellen Willis, *Beginning to See the Light*, op. cit., pág. 146. Mi agradecimiento a Jeanne Bergman por haber llamado mi atención sobre esta cita.

[79] Ver, por ejemplo, “Master and Slave: The Fantasy of Erotic Domination”, de Jessica Benjamin, en Snitow y otros, op. cit., pág. 297, y el comentario sobre Powers of Desire de B. Ruby Rich, en *In These Times*, 16 al 22 de noviembre, 1983.

[80] B. Ruby Rich, op. cit., pág. 76.

[81] *Mujeres Contra la Pornografía* (N.T.).

[82] Samois, *What Color Is Your Handkerchief*, op. cit.; Samois, *Coming to Power*, op. cit.; Pat Califia, “Feminism and Sadomasochism”, op. cit.; Califia, *Sapphisty*, op. cit.

y reforzar así su estigma.

A diferencia de los y las feministas culturales, que simplemente desean purgar a las disidentes, las moderadas están dispuestas a defender los derechos a la participación política de las inconformistas eróticas. Sin embargo, esta defensa de los derechos políticos lleva implícita una especie de condescendencia ideológica. La argumentación tiene dos partes principales: la primera es la acusación a los y las disidentes sexuales de no haber prestado suficiente atención al significado, orígenes o construcción histórica de su sexualidad. Este énfasis sobre el “significado” parece funcionar de forma muy similar a la cuestión de la etiología en las discusiones sobre sexualidad. Es decir, que se considera el sadomasoquismo, la prostitución, la homosexualidad o el amor intergeneracional como algo misterioso y problemático en una forma en que no lo son las sexualidades “respetables”. La búsqueda de una causa equivale a la búsqueda de algo que podría cambiar para que estos erotismos “problemáticos” simplemente no existieran. Algunos militantes sexuales han replicado a estas pretensiones que, aunque la cuestión de la etiología o de la causa sean de interés intelectual, no lo son desde el punto de vista de la agenda política y que, además, hacer hincapié en ellas es en sí misma una opción política regresiva.

La segunda parte de la posición “moderada” se centra en los problemas del consentimiento. Los radicales sexuales de todo tipo han exigido la legitimación legal y social de toda conducta sexual voluntaria. Las y los feministas les han criticado por haber omitido deliberadamente los problemas sobre “los límites del consentimiento” y de las “restricciones estructurales a este consentimiento”^[83]. Aunque existen ciertamente problemas profundos en el discurso político sobre el consentimiento, aunque existen ciertas limitaciones estructurales a la elección sexual, estas críticas han sido erróneamente utilizadas en los debates. No tienen en cuenta el contenido semántico específico que tiene el consentimiento en las leyes sobre sexo y en la práctica sexual.

Como dije antes, gran parte de la legislación sobre sexo no distingue entre conductas voluntarias y coercitivas. Sólo las leyes sobre violación contienen esta distinción. Estas leyes se basan en el supuesto, correcto desde mi punto de vista, de que la actividad heterosexual puede ser libremente elegida o impuesta por la fuerza. Uno tiene el derecho legal a realizar conductas heterosexuales mientras no caiga en el alcance de otras leyes y mientras exista acuerdo mutuo.

No ocurre lo mismo en la mayor parte de la legislación sexual restante. Las leyes sobre sodomía, como dije antes, se basan en el supuesto de que los actos que prohíben son un “crimen abominable y detestable contra la naturaleza”. La criminalidad se supone intrínseca a los actos mismos, independientemente de los deseos de los participantes. “A diferencia de la violación, la sodomía u otros actos sexuales antinaturales o perversos pueden ser realizados por dos personas bajo consentimiento

[83] Lisa Orlando, “Power Plays: Coming to Terms With Lesbian Sadomasochism”, *Village Voice*, 26 de julio de 1983; Elizabeth Wilson, *The Context of ‘Between Pleasure and Danger’*. The Barnard Conference on Sexuality”, *Feminist Review*, número 13, primavera de 1983, en especial las páginas 35 a 41.

mutuo, y, cualquiera que sea el agresor, ambos serán procesados”^[84]. Antes de la aprobación en 1976 de la legislación sobre “consenting adults”^[85] en California, las amantes lesbianas podrían haber sido procesadas por realizar copulación oral. Si ambos participantes eran legalmente capaces de dar su consentimiento, ambos eran igualmente culpables^[86].

Las leyes sobre el incesto entre adultos operan de forma similar. En contra de la creencia popular, estas leyes tienen poco que ver con la protección de los niños frente a la violación por parte de parientes próximos: las leyes sobre el incesto prohíben el matrimonio o la relación sexual entre adultos estrechamente emparentados. Los procesos son raros, aunque últimamente han aparecido dos en la prensa. En 1979, un “marine” de 19 años se encontró con su madre, de 42 años, de quien le habían separado cuando nació. Se enamoraron y se casaron. Se les acusó y encontró culpables de incesto, lo que con las leyes de Virginia supone penas de hasta 10 años de cárcel. Durante el juicio, el “marine” testificó: “La quiero mucho. Creo que dos personas que se aman deben poder vivir juntas”^[87]. En otro caso, un hermano y su hermana que se habían criado separados se conocieron y decidieron casarse. Se les arrestó y consideró culpables de delito de incesto y se les puso en libertad condicional. Una de las condiciones de ésta era que no podían vivir juntos como marido y mujer. De no haber aceptado, tendrían que habérselas visto con una condena de 20 años de prisión^[88].

En un famoso caso de sadomasoquismo, se condenó a un hombre de asalto con circunstancias agravantes por azotar a otro con un látigo en el curso de una relación sadomasoquista. No existía víctima demandante alguna. La sesión había sido filmada, y el hombre fue procesado utilizando esta filmación como prueba principal. El acusado apeló la sentencia esgrimiendo que había participado en un encuentro sexual consensuado y que no había asaltado a nadie. Al rechazar su apelación, el tribunal dictaminaba que nadie podía consentir un asalto o agresión “excepto en las situaciones en las que se produzcan golpes o contactos físicos de forma habitual vinculadas a deportes, tales como el fútbol, el boxeo o la lucha libre”^[89]. El tribunal continuaba diciendo que “el consentimiento de una persona sin capacidad legal para otorgarlo, como por ejemplo un niño o un enfermo mental, es nulo a efectos legales”; y que “es saber común que una persona normal en plena posesión de sus facultades mentales no consiente libremente el uso contra él de fuerza que seguramente le producirá un daño corporal grande”^[90]. Por tanto, cualquiera que consintiese en ser azotado sería considerado non compos mentis y por tanto legalmente incapacitado de dar su consentimiento. El sexo sadomasoquista

[84] Taylor vs. State, 214 Md., 156, 165, 133 A. 2d. 414, 418. Esta cita es de una opinión disidente, pero es una declaración de la ley imperante.

[85] Adultos con mutuo acuerdo (N.T.).

[86] Bessera, Jewel, Matthew y Gatov, op. cit., págs. 163 a 165. Véase también la nota 55.

[87] Marine and Mon Guilty of Incest”, San Francisco Chronicle, 16 de noviembre de 1979, pág. 16.

[88] Norton, op. cit., pág. 18.

[89] People vs. Samuels, 250 Cal. App. 2d. 501, 513, 58, Cal. Rptr. 439, 447 (1967).

[90] People vs. Samuels, 250 Cal. App. 2d. en 513-514, 58 Cal. Rptr. en 447

tiene por lo general un nivel de violencia mucho más bajo que el de cualquier partido de fútbol americano y entraña daños físicos considerablemente menores que la mayoría de los deportes. Sin embargo, el tribunal dictaminó que los futbolistas están en su sano juicio y los masoquistas no.

Las leyes sobre sodomía, sobre incesto adulto y las interpretaciones legales, tales como la arribada mencionada, interfieren claramente con la conducta consensuada y le imponen penas criminales. En la ley, el consentimiento es un privilegio del que disfrutan sólo aquellos cuyas conductas sexuales son del más alto “status”. Los que practican conductas sexuales de bajo status no tienen derecho legal a éstas. Además, las sanciones económicas, las presiones familiares, el estigma erótico, la discriminación social, la ideología negativa y la falta de información sobre conductas eróticas sirven todas para dificultar la elección de opciones sexuales no convencionales. Existen ciertamente limitaciones estructurales a la libre opción sexual, pero difícilmente puede decirse que presionen a alguien a convertirse en pervertido. Por el contrario, su labor de coerción empuja a todos hacia la normalidad.

La teoría del “lavado de cerebro” explica la variedad erótica por medio del supuesto de que algunos actos sexuales son tan desagradables que nadie accedería libremente a realizarlos. En consecuencia, sigue el razonamiento, cualquiera que los haga debe haber sido obligado o engañado. Incluso la teoría sexual constructivista se ha dedicado a intentar “explicar” por qué individuos, por lo demás racionales, tienen conductas sexuales no convencionales. Otra postura aún no plenamente formada, utiliza las ideas de Foucault y de Weeks para argumentar que las “perversiones” son un aspecto especialmente desagradable o problemático de la construcción de la sexualidad moderna^[91]. Esta es otra variante de la idea de que los disidentes sexuales son víctimas de las sutiles maquinaciones del sistema social. Weeks y Foucault no aceptarían esa interpretación, pues consideran a toda sexualidad como construida, tanto la convencional como la desviada.

La psicología es siempre el recurso último de los que rehúsan reconocer que los disidentes sexuales son tan conscientes y libres como cualquier otro grupo. Si los desviados no están siguiendo las manipulaciones del sistema social, entonces quizá debe buscarse la causa de sus incomprensibles opciones sexuales en una mala infancia, una socialización defectuosa o una inadecuada formación de la identidad. En su ensayo sobre la dominación erótica, Jessica Benjamin recurre al psicoanálisis y a la filosofía para explicar por qué lo que ella llama “sodomismo” es una actividad insatisfactoria, alienada, carente de afecto, deformada y sin sentido que busca “aliviar el fracaso de un pasado esfuerzo de diferenciación”^[92]. Este ensayo sustituye la inferioridad psico-filosófica por la más habitual devaluación del erotismo disidente. Ha habido ya un investigador que ha interpretado la argumentación de Benjamín como prueba de que el sadomasoquismo es simplemente una “repetición obsesiva de la lucha del niño por el poder”^[93].

[91] Mariana Valverde.. “Feminism Meets Fist-Fucking: Getting Lost in Lesbian S&M”, *Body Politic*, Febrero de 1980; Wilson, op. cit., pág. 38.

[92] Benjamin op. cit., pág. 292, pero véanse también las páginas 286, 291-7.

[93] Barbara Ehrenreich, “What Is Thing Called Sex”, *Nation*, 24 de Septiembre de 1983, pág. 247.

La posición que defiende los derechos políticos de los pervertidos pero que intenta comprender su sexualidad “alienada” es ciertamente preferible al sangriento discurso estilo WAP. Pero la mayoría de los moderados sexuales no se han atrevido a reflexionar sobre el disgusto que les producen opciones eróticas diferentes a las suyas. El adorno con terminología marxista, con sofisticada teoría constructivista o con balbuceos de psicología retro no puede redimir el chovinismo erótico.

Cualquiera que sea la posición feminista -derecha, centro o izquierda- que llegue a ser dominante, la existencia de una discusión tan rica es por sí sola evidencia de que el movimiento feminista será siempre una fuente de reflexiones interesantes sobre el sexo. Sin embargo, quiero cuestionar la suposición de que el feminismo es o deba ser el privilegiado asiento de una teoría sobre la sexualidad. El feminismo es la teoría de la opresión de los géneros, y suponer automáticamente que ello la convierte en la teoría de la opresión sexual es no distinguir entre género y deseo erótico.

En el idioma inglés, la palabra «sexo» tiene dos significados muy distintos. Significa género e identidad de género, como en «el sexo femenino» o «el sexo masculino». Pero sexo se refiere también a actividad, deseo, relación y excitación sexuales, como en “to have sex”^[94]. Esta mezcla semántica refleja el supuesto cultural de que la sexualidad es reducible al contacto sexual y que es una función de las relaciones entre mujeres y hombres. La fusión cultural de género con sexualidad ha dado paso a la idea de que una teoría de la sexualidad puede derivarse directamente de una teoría del género.

En un trabajo anterior, “The Traffic in Women”, yo utilizaba el concepto de sistema de sexo/género, definido como “una serie de acuerdos por los que una sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana”^[95]. Mi argumentación era que “el sexo tal y como lo conocemos -identidad de género, deseo y fantasía sexual, conceptos de la infancia- es en sí mismo un producto social”^[96]. En dicho trabajo, yo no distinguía entre deseo sexual y género, tratando a ambos como modalidades del mismo proceso social subyacente.

“The Traffic in Women”, se inspiró en la literatura sobre sistemas de organización social, basados en el parentesco. En aquel tiempo me parecía que el género y el deseo sexual estaban sistemáticamente entrelazados en tales formaciones sociales. Esta puede ser o no una valoración precisa de la relación entre sexo y género en las organizaciones tribales, pero no es ciertamente una formulación adecuada para la sexualidad de las sociedades industriales occidentales. Como ha mostrado Foucault, ha aparecido un sistema de sexualidad procedente de relaciones de parentesco más tempranas y ha adquirido una autonomía significativa.

[94] Practicar el sexo, hacer el amor (N.T.).

[95] Gayle Rubin, “The Traffic in Women”, Rayna R. Reiter (editora), en *Toward an Anthropology of Women*, New York, Monthly Review Press, 1975, pág.159.

[96] Rubin, “The Traffic in Women”, op. cit., pág. 166.

“En especial desde el siglo XVIII en adelante, las sociedades occidentales crearon y desplegaron un nuevo aparato que se sobrepuso al anterior y que, sin suplantarlos por completo, ayudó a reducir su importancia. Hablo del despliegue de la sexualidad... para el primero (el parentesco), lo pertinente es el vínculo entre compañeros y las leyes definidas; el segundo (la sexualidad) se preocupa de las sensaciones del cuerpo, la calidad de los placeres y la naturaleza de las impresiones”^[97].

El desarrollo de este sistema sexual se ha producido en el contexto de las relaciones entre géneros. Una parte de la moderna ideología sexual es que el deseo es atributo de los hombres y la pureza lo es de las mujeres. Las mujeres han sido hasta cierto punto excluidas del moderno sistema sexual. No es por accidente que la pornografía y las perversiones hayan sido consideradas aspectos del dominio masculino. En la industria del sexo, las mujeres han sido excluidas de la mayor parte de la producción y consumo, y se les ha permitido participar principalmente como trabajadoras. Para poder participar en las “perversiones” las mujeres han tenido que vencer limitaciones importantes a su movilidad social, sus recursos económicos y sus libertades sexuales. El género afecta al funcionamiento del sistema sexual, y éste ha poseído siempre manifestaciones de género específicas. Pero aunque el sexo y el género están relacionados, no son la misma cosa, y constituyen la base de dos áreas distintas de la práctica social.

En contraste con las opiniones que expresé en “The Traffic in Women”, afirmo ahora que es absolutamente esencial analizar separadamente género y sexualidad si se desean reflejar con mayor fidelidad sus existencias sociales distintas. Esto se opone a gran parte del pensamiento feminista actual, que trata la sexualidad como simple derivación del género. Por ejemplo, la ideología feminista lesbiana ha analizado la opresión sobre las lesbianas, principalmente en términos de opresión de la mujer. Sin embargo, las lesbianas son también oprimidas en su calidad de homosexuales y pervertidas, debido a la estratificación sexual, no de géneros. Aunque quizá les duela a muchas de ellas pensar sobre ello, el hecho es que las lesbianas han compartido muchos de los rasgos sociológicos y muchos de los castigos sociales con los varones gay, los sadomasoquistas, los travestidos y las prostitutas.

Catherine MacKinnon ha realizado el intento teórico más explícito de incluir la sexualidad en el pensamiento feminista. Según MacKinnon, “la sexualidad es al feminismo lo que el trabajo al marxismo... el moldeado, dirección y expresión de la sexualidad organiza a la sociedad en dos sexos, mujeres y hombres”^[98]. Esta estrategia de análisis descansa a su vez en la decisión de “emplear sexo y género como términos relativamente intercambiables”^[99]. Es esta fusión la que quiero cuestionar.

Tenemos una analogía muy instructiva en la historia de la separación del pensamiento feminista contemporáneo del marxismo. El marxismo es seguramente el sistema conceptual más flexible y

[97] Foucault, op. cit., pág. 106

[98] Catherine MacKinnon, “Feminism, Marxism, Method and the State: An Agenda for Theory”, *Signs*, vol. 7, n.º 3, Primavera de 1982, págs. 515, 516.

[99] Catherine MacKinnon, “Feminism, Marxism, Method and the State: Toward Feminist Jurisprudence”, *Signs*, vol. 8, n.º 4, Verano de 1983, pág. 635.

poderoso que existe para analizar la desigualdad social. Pero los intentos de convertir al marxismo en sistema explicativo único para todas las desigualdades sociales han sido ejercicios fracasados. El marxismo tiene sus mejores logros en las áreas de la vida social para las que se construyó en un principio: las relaciones de clase bajo el capitalismo.

Los primeros días del movimiento de las mujeres se libró un conflicto teórico sobre la aplicabilidad del marxismo a la estratificación de géneros. Como la teoría marxista es relativamente fuerte, de hecho detecta aspectos importantes e interesantes de la opresión de géneros, en especial en las cuestiones más próximas a la problemática de las clases y la organización del trabajo. Los temas más específicos de la estructura social del género no eran susceptibles al análisis marxista.

Las relaciones entre el feminismo y una teoría radical de la opresión sexual son similares. Las herramientas conceptuales feministas fueron elaboradas para detectar y analizar las jerarquías basadas en el género. En la medida en que dichas jerarquías se sobreponen a las estratificaciones eróticas, la teoría feminista posee cierto poder de explicación, pero a medida que las cuestiones son menos de género y más de sexualidad, el análisis feminista pierde utilidad y es a menudo engañoso. El pensamiento feminista simplemente carece de ángulos de visión que puedan abarcar la organización social de la sexualidad. Los criterios fundamentales del pensamiento feminista no le permiten ver ni valorar las relaciones de poder básicas en el terreno sexual.

A largo plazo, la crítica feminista a la jerarquía de géneros deberá ser incorporada a una teoría radical sobre el sexo, y la crítica de la opresión sexual deberá enriquecer al feminismo, pero es necesario elaborar una teoría y política autónomas específicas de la sexualidad.

Es un error sustituir el feminismo por el marxismo como la última palabra en teoría social. El feminismo no es más capaz que el marxismo de ser la explicación última y completa de toda la desigualdad social, ni es tampoco la teoría residual que pueda hacerse cargo de todo aquello que Marx no trató. Estas herramientas críticas se forjaron para manejar áreas muy específicas de la actividad social. Otras áreas de la vida social, sus formas de poder y de opresión características, necesitan su propio bagaje conceptual. En este trabajo he defendido el pluralismo teórico tanto como el sexual.

VII CONCLUSIÓN

... Estos placeres a los que con ligereza llamamos físicos...

Colette^[100]

Igual que el género, la sexualidad es política. Está organizada en sistemas de poder que alientan y recompensan a algunos individuos y actividades, mientras que castigan y suprimen a otros y otras. Al igual que la organización capitalista del trabajo y su distribución de recompensas y poderes, el

[100] Colette, *The Ripening Seed*, traducido y citado en *Diary of a Conference on Sexuality*, por Hannah Alderfer, Beth Jaker, y Marybeth Nelson, New York, Faculty Press, 1982, pág. 72.

moderno sistema sexual ha sido objeto de lucha política desde que apareció, y como tal se ha desarrollado. Pero si las disputas entre trabajo y capital están mistificadas, los conflictos sexuales están completamente camuflados.

La reestructuración legislativa de finales del siglo XIX y de las primeras décadas del XX fue una respuesta a la aparición del sistema erótico moderno. Durante aquel período se formaron nuevas comunidades eróticas. Se hizo posible «ser» homosexual o lesbiana de una forma que nunca antes lo había sido. La producción en masa de artículos eróticos se hizo posible, y se ampliaron las posibilidades del comercio sexual. Se formaron las primeras organizaciones de defensa de los derechos de los homosexuales, y aparecieron los primeros análisis de la opresión sexual^[101].

La represión de la década de los cincuenta fue en parte una respuesta violenta a la expansión de comunidades y posibilidades sexuales, ocurrida durante la segunda guerra mundial^[102]. Durante los años cincuenta, se establecieron organizaciones de derechos gays, se publicaron los informes de Kinsey y floreció la literatura lesbiana. Los años cincuenta fueron una era formativa además de represiva.

La actual contraofensiva sexual de la derecha es en parte una reacción a la liberalización sexual de los años sesenta y principios de los setenta. Además, ha provocado la formación de una coalición unificada y consciente de los radicales sexuales. En cierto sentido, lo que actualmente ocurre es la aparición de un nuevo movimiento sexual, preocupado por cuestiones nuevas y que busca una nueva base teórica. Las guerras sexuales en las calles han sido en parte responsables de la nueva atención intelectual sobre la sexualidad. El sistema sexual está sacudiéndose una vez más, y estamos contemplando muchos síntomas de su cambio.

En la cultura occidental, el sexo se toma, incluso, demasiado en serio. No se tacha a una persona de inmoral, no se le envía a prisión, ni se le expulsa de su familia, porque le guste la cocina con muchas especias. Pero un individuo, quizá tenga que sufrir todo esto y más porque le guste el cuero de un zapato. En última instancia, ¿qué posible importancia social puede tener que a una persona le guste masturbarse con un zapato?, quizá no sea, incluso, consensuado, pero ya que no le pedimos permiso a nuestros zapatos para llevarlos puestos, difícilmente puede parecer necesario pedírselo para correrse encima de ellos.

Si el sexo se toma demasiado en serio no ocurre lo mismo con la persecución sexual. Hay un maltrato sistemático a individuos y comunidades por razones de sus gustos o conductas eróticas. Hay penas graves por pertenecer a las distintas castas sexuales profesionales. Se niega la sexualidad de los jóvenes, la sexualidad adulta se trata a menudo como si fuese una variedad de residuo nuclear, y la

[101] John Lauritsen y David Thorstad, *The Early Homosexual Rights Movements in Germany*, New York, Times Change Press, 1974.

[102] D'Emilio, *Sexual Politics, Sexual Communities*, op. cit.; Bérubé, "Behind The Spectre of San Francisco", op. cit.; Bérubé, "Marching to a Different Drummer", op. cit.

representación gráfica del sexo ocurre en un fango de rodeos legales y sociales. Ciertas poblaciones aguantan lo más pesado del actual sistema de poder erótico, pero su persecución sirve de esqueleto a un sistema que afecta a todos.

La década de los ochenta ha sido ya un período de gran sufrimiento sexual. También lo ha sido de fermento y nuevas posibilidades. A todos nos concierne intentar evitar más barbarismo y alentar la creatividad erótica. Aquellos que se consideren progresistas deben examinar sus preconcepciones. Poner al día su educación sexual y familiarizarse con la existencia y funcionamiento de una jerarquía sexual. Es momento ya de reconocer las dimensiones políticas de la vida erótica.

AGRADECIMIENTOS

Es para mí siempre un placer llegar al momento de un escrito en que puedo expresar mi agradecimiento a cuantos contribuyeron a su realización. Muchas de mis ideas sobre la formación de comunidades sexuales se me ocurrieron por primera vez durante un curso impartido por Charles Tilly sobre “La urbanización de Europa desde 1500 hasta 1900”. Pocos cursos serán tan apasionantes, estimulantes y conceptualmente ricos como aquél. Daniel Tsang llamó mi atención sobre la importancia de los sucesos de 1977, y me enseñó a prestar atención a la legislación sobre el sexo. Pat Califia hizo aumentar mi estima por la variedad sexual humana, y me enseñó a respetar los denostados campos de la investigación y educación sexual. Jeff Escoffier compartió conmigo sus amplios conocimientos de la historia y sociología gays, y me he beneficiado especialmente de sus ideas sobre la economía gay. El trabajo que actualmente realiza Allan Bérubé sobre la historia gay me ha permitido pensar con más claridad sobre la dinámica de la opresión sexual. Las conversaciones mantenidas con Ellen Dubois, Amber Hollibaugh, Mary Ryan, Judy Stacey, Kay Trimberger y Martha Vicinus han influido en mi pensamiento.

Estoy muy agradecida a Cynthia Astuto por sus consejos e investigación en temas legales, y a David Sachs, extraordinario librero, por haberme buscado la literatura panfletaria derechista sobre el sexo que yo necesitaba. Estoy también agradecida a Allan Bérubé, Ralph Bruno, Estelle Freedman, Kent Gerard, Barbara Keer, Michael Shively, Carole Vance, Bill Walker, y Judy Walkowitz por las diversas referencias e informaciones concretas proporcionadas. No puedo siquiera intentar expresar mi gratitud a quienes leyeron y me comentaron versiones tempranas de éste trabajo: Jeanne Bergman, Sally Binford, Lynn Eden, Laura Engelstein, Jeff Escoffier, Carole Vance y Ellen Willis. Mark Leger leyó el trabajo y realizó actos de heroísmo en la preparación del manuscrito. Marybeth Nelson fue nuestra ayuda de emergencia en los gráficos.

En especial doy las gracias a dos amigos cuyos cuidados mitigaron las penas de la escritura. E. S. mantuvo mi espalda en funcionamiento y me guió firmemente a través de varios ataques de bloqueo intelectual. Las incontables gentilezas e incansable apoyo de Cynthia Astuto me permitieron trabajar a un ritmo absurdo durante muchas semanas.

Ninguna de todas estas personas es responsable de mis opiniones, pero a todos les agradezco su inspiración, información y ayuda.

NOTA SOBRE LAS DEFINICIONES

A todo lo largo de este ensayo utilizo términos tales como homosexual, trabajador del sexo y pervertido. Empleo homosexual para referirme tanto a mujeres como a hombres. Si quiero ser más precisa, empleo términos tales como “lesbiana” o “varón gay”. “Trabajador sexual” intenta ser un término más global que “prostituta”, a fin de incluir los muchos trabajos de la industria del sexo. Trabajador sexual se refiere a las bailarinas y bailarines eróticas, de striptease, a las modelos de pornografía, a las mujeres desnudas que hablan con el cliente por medio de un teléfono y que pueden ser vistas pero no tocadas, a los y las que trabajan en encuentros sexuales telefónicos y a otros empleados del sex business tales como recepcionistas, porteros y otros. Obviamente incluye también a las prostitutas y los “modelos masculinos”. Utilizo el término “pervertido” como abreviatura de todas las orientaciones sexuales estigmatizadas. Solía referirse a la homosexualidad masculina y femenina también, pero como estas dos orientaciones han ganado respetabilidad, el término ha designado cada vez más a las otras “desviaciones”. Términos tales como “pervertido” o “desviado” tienen, en su uso general, una connotación de desaprobación de repugnancia y disgusto. Yo los utilizo con una función descriptiva, y no es mi intención que den la impresión de desaprobación alguna por mi parte.

Gayle Rubin es antropóloga y activista queer. Es conocida por su ensayo de 1975 *El tráfico de mujeres: Notas sobre la "economía política" del sexo*. En 1978, se traslada a San Francisco y crea, junto a otras 17 personas, el primer grupo de sdomasquismo lésbico, el Samois. Fue una destacada activista pro-sex en la década de los ochenta.

En *Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad*, de 1984, retoma su análisis del sistema sexo-género, independizando y diferenciando los dos términos. Interroga los sistemas de valores que se atribuyen a la sexualidad y que definirían determinados comportamientos como buenos y naturales, mientras otros serían malos y antinaturales, construyendo así una jerarquización de las prácticas sexuales.

Cuestiona a la ideología feminista porque piensa la opresión en términos de género, es decir, de la opresión social de la mujer. Para ella, las lesbianas no son solamente oprimidas en tanto mujeres, sino también en su calidad de homosexual y pervertida, es decir de mujer y lesbiana.

COLECTIVO DE EDICIÓN AMPUTADXS
amputadas@gmail.com